Capítulo quinto

La polarización social en EE. UU. durante el siglo XXI y su repercusión geopolítica sobre el vínculo transatlántico

Miguel Requeno Soler

Resumen

Este trabajo analiza cómo la polarización ideológica en Estados Unidos, aun siendo un fenómeno interno, puede repercutir en el vínculo transatlántico al introducir dudas sobre la continuidad del compromiso estadounidense con sus aliados europeos. A lo largo del siglo XXI, la política exterior de Washington ha mostrado oscilaciones que no siempre responden solo al entorno internacional: también influyen los costes internos, el bloqueo político y la disputa partidista, que pueden convertir la acción exterior en un terreno de confrontación y dificultar líneas estables entre administraciones.

Desde la perspectiva europea, lo decisivo no es únicamente lo que EE. UU. hace en un momento concreto, sino qué expectativas razonables puede mantener la Unión Europea a medio plazo sobre su fiabilidad como garante de seguridad. En ese contexto, la autonomía estratégica aparece aquí no como una ruptura con la OTAN, sino como una adaptación gradual: un intento de reducir vulnerabilidades y ampliar márgenes de acción ante escenarios en los que el respaldo estadounidense pueda volverse más condicionado o menos previsible. La conclusión es deliberadamente

prudente: la polarización no explica por sí sola la evolución del vínculo, pero puede amplificar la incertidumbre que empuja a Europa a reforzar capacidades propias.

Palabras clave

OTAN, Estados Unidos, Unión Europea, Polarización ideológica, Autonomía estratégica.

Social Polarization in the United States in the 21st Century and Its Geopolitical Impact on the Transatlantic Relationship

Abstract

This study examines how ideological polarization in the United States, while primarily a domestic phenomenon, can reverberate across the transatlantic relationship by raising doubts about the continuity of the U.S. commitment to its European allies. Throughout the twenty-first century, Washington's foreign policy has displayed shifts that cannot be explained solely by the international environment: domestic political costs, legislative gridlock, and partisan conflict also shape external action, turning foreign policy into a field of confrontation and making it harder to sustain stable lines of policy across administrations.

From a European perspective, what matters is not only what the United States does at a given moment, but what reasonable expectations the European Union can hold over the medium-term regarding Washington's reliability as a security guarantor. In that context, strategic autonomy is framed here not as a rupture with NATO, but as a gradual adaptation: an effort to reduce vulnerabilities and widen room for manoeuvre in scenarios where U.S. support may become more conditional or less predictable. The conclusion is deliberately cautious: polarization does not by itself determine the evolution of the transatlantic bond, but it can amplify uncertainty in ways that push Europe to strengthen its own capabilities.

Key words

NATO, United States, European Union, Ideological polarization, Strategic autonomy.

1 Introducción

En mayo de 2017, durante la cumbre de la OTAN en Bruselas, el entonces presidente de EE. UU., Donald Trump, evitó reafirmar explícitamente el Artículo 5 y centró su intervención en reprochar a varios aliados que no asumían suficiente gasto en defensa (Trump, 2017). En Europa, esa señal fue percibida como un síntoma de mayor condicionalidad política del compromiso estadounidense: poco después, la canciller alemana Angela Merkel afirmó que «Europa debe tomar su destino en sus propias manos» (Merkel, 2017).

Ese punto de partida permite formular el problema que recorre este capítulo: hasta qué punto las tensiones domésticas de una gran potencia se reflejan en su política exterior, y cómo se reacomoda Europa cuando el socio principal proyecta señales menos estables. En estas páginas, la polarización se entiende en sentido político-social: el aumento de la distancia y la desconfianza entre identidades políticas, con efectos sobre la capacidad de sostener consensos y orientaciones duraderas. Aunque es un fenómeno interno, su persistencia puede dificultar la coherencia estratégica y la previsibilidad ante aliados y rivales. En ese contexto, la autonomía estratégica europea se plantea como una respuesta gradual orientada a reducir vulnerabilidades ante escenarios de mayor incertidumbre, más que como una alternativa a la OTAN o un giro de ruptura (Friedrichs y Tama, 2022; Borg, 2024). El significado del concepto y sus implicaciones se desarrollan con más detalle en el apartado teórico.

1.1 Delimitación y justificación de la investigación

Desde el inicio del siglo xxi, el sistema internacional ha atravesado transformaciones profundas que han puesto a prueba la cohesión de las alianzas tradicionales. En ese contexto, el vínculo transatlántico entre Estados Unidos y Europa —sostenido históricamente por valores compartidos, intereses estratégicos y estructuras institucionales como la OTAN— ha experimentado tensiones crecientes. Parte de esas fricciones se explican por desafíos externos (cambios en el equilibrio de poder, guerras, crisis económicas, presión rusa, impacto global de la pandemia), pero también por dinámicas internas estadounidenses que afectan a la consistencia del liderazgo y a la continuidad de sus compromisos.

Una de esas dinámicas es el aumento sostenido de la polarización social en Estados Unidos. Aunque suele analizarse como un fenómeno doméstico, su intensidad puede tener efectos que traspasan fronteras: condiciona el margen de maniobra del Ejecutivo, complica la estabilidad de las coaliciones políticas y eleva el coste interno de determinadas decisiones estratégicas. En términos prácticos, esto puede traducirse en señales de menor previsibilidad, cambios abruptos de prioridades entre administraciones y disputas internas que se proyectan hacia el exterior.

Este trabajo se centra en esa zona de contacto entre lo interno y lo externo: cómo la polarización social en Estados Unidos puede haber condicionado decisiones estratégicas que afectan al espacio euroatlántico y, con ello, a la estabilidad, continuidad y credibilidad del vínculo transatlántico. La delimitación es importante por dos motivos. Primero, porque se acota la polarización como fenómeno político-social, evitando convertir el análisis en una explicación total que lo atribuya todo a una sola causa. Segundo, porque el foco se fija en la relación con Europa y en el ámbito euroatlántico; cuando se alude a otras regiones, se hace como marco de contexto para entender prioridades, desplazamientos de atención y tensiones de recursos de la política exterior estadounidense, no como objeto central del trabajo.

El interés del tema es doble. En el plano académico, existe literatura sobre los efectos de la polarización en el funcionamiento institucional estadounidense y, paralelamente, sobre la transformación del vínculo transatlántico; sin embargo, son menos frecuentes los estudios que conectan de forma sistemática ambas dimensiones y se preguntan si hay una relación significativa entre ellas. En el plano estratégico, la evolución reciente de la Unión Europea en defensa y seguridad —con iniciativas orientadas a ampliar su autonomía estratégica— invita a considerar si parte de ese impulso responde a una percepción de incertidumbre sobre el compromiso estadounidense. El argumento que se explora aquí es prudente: la polarización podría operar como un factor que incrementa la incertidumbre sobre la continuidad estratégica, y esa incertidumbre podría haber influido en la consolidación de aspiraciones europeas de mayor autonomía.

El marco temporal 2001-2024 permite observar, a lo largo de distintas administraciones, tanto la trayectoria ascendente de la polarización como una secuencia de hitos que han exigido coordinación transatlántica: el 11-S y las guerras en Afganistán e Irak; la crisis financiera global; la anexión de Crimea; el auge de movimientos populistas; la pandemia de COVID-19 y la invasión rusa de Ucrania en 2022. Cada uno de estos episodios ha tensionado, de manera

distinta, el reparto de cargas, las prioridades y el discurso del compromiso mutuo. En conjunto, ofrecen una base temporal amplia para examinar si tensiones internas de la principal potencia occidental han repercutido en su papel como garante —o, al menos, como pilar— de la seguridad euroatlántica.

1.2 Eje del análisis y alcance de la discusión

El hilo conductor de la obra es sencillo de enunciar, aunque complejo de desplegar: si la polarización social se intensifica, ¿qué ocurre con la capacidad de Estados Unidos para sostener políticas exteriores estables hacia Europa, y cómo se interpreta esa evolución desde el lado europeo? Esta cuestión se sitúa en un terreno donde importan tanto las decisiones materiales (presupuestos, despliegues, acuerdos, prioridades estratégicas) como la dimensión perceptiva (credibilidad, confianza, previsibilidad).

A lo largo del trabajo, la atención se distribuye en dos planos complementarios. Por un lado, el plano doméstico estadounidense: la polarización puede traducirse en bloqueo legislativo, confrontación permanente, incentivos a políticas simbólicas y oscilaciones en la orientación estratégica, especialmente cuando la política exterior se convierte en un campo de disputa interna. Por otro, el plano europeo: las instituciones y gobiernos europeos no solo reaccionan a hechos, sino también a expectativas sobre el futuro del compromiso estadounidense, particularmente en momentos de cambio de administración, crisis internacionales o rupturas discursivas con el orden multilateral.

Este enfoque permite tratar la autonomía estratégica europea no como un «acto de divorcio» inevitable, sino como una respuesta gradual a un entorno percibido como más incierto. Si se erosiona la expectativa de continuidad resulta razonable que los aliados busquen reducir vulnerabilidades mediante capacidades propias, mecanismos institucionales o instrumentos de coordinación que complementen, o amortigüen, las fluctuaciones del socio principal.

1.3 Propuesta interpretativa: de la polarización doméstica a la incertidumbre estratégica

Este trabajo parte de una propuesta interpretativa prudente: la polarización social en Estados Unidos puede haber dejado de ser un fenómeno estrictamente interno para convertirse en una variable

que afecta, de forma indirecta pero relevante, a la política exterior hacia Europa. El mecanismo no se plantea como una relación automática, sino como un proceso en el que intervienen instituciones, incentivos políticos y lecturas estratégicas.

La polarización puede limitar la coherencia de la acción exterior por varias vías: reduce el espacio para consensos duraderos, facilita el uso partidista de la política exterior, dificulta la continuidad entre administraciones y puede amplificar decisiones que, aun siendo reversibles, son leídas por los aliados como señales de compromiso más condicionado. Desde el lado europeo, lo decisivo no es solo lo que Estados Unidos hace en un momento dado, sino si ese curso de acción parece estable, sostenido y políticamente viable en el tiempo. Ese componente perceptivo importa porque condiciona expectativas y, con ellas, decisiones institucionales y de planificación.

De ahí que ciertas iniciativas europeas de defensa y seguridad puedan interpretarse, al menos en parte, como una respuesta a la percepción de debilitamiento o volatilidad del compromiso estadounidense con la seguridad europea. Esta lectura conecta con una sensibilidad constructivista: los discursos y las señales moldean expectativas, y en momentos de tensión o cambios bruscos la interpretación puede inclinarse hacia la cautela: si el garante puede fluctuar, conviene ampliar márgenes propios.

Tras esta introducción, el capítulo se desarrolla en tres apartados y se cierra con unas conclusiones. El primero reúne las claves conceptuales para interpretar la relación entre polarización interna y política exterior. El segundo recorre la evolución de la política exterior estadounidense hacia el espacio euroatlántico a lo largo del siglo XXI. El tercero se detiene en los periodos en los que la polarización alcanza niveles especialmente altos y explora cómo esos momentos pueden haber afectado al vínculo transatlántico y al debate europeo sobre autonomía estratégica.

2 Marco teórico

2.1 Teorías de las relaciones internacionales

2.1.1 Perspectiva neorrealista

El neorrealismo (realismo estructural) explica el comportamiento de los Estados a partir de cómo está organizado el sistema inter-

nacional: un entorno marcado por la ausencia de una autoridad central efectiva. En esa anarquía, los Estados suelen actuar bajo una lógica de autoayuda: deben garantizar su seguridad por sus propios medios y, por ello, compiten por poder y supervivencia (Waltz, 2001). Para comprender las causas del conflicto, este enfoque distingue tres niveles de análisis. La primera imagen mira a factores individuales (naturaleza humana o decisiones de líderes). La segunda se centra en rasgos internos del Estado, como el régimen político o sus divisiones sociales. La tercera pone el foco en la estructura del sistema, especialmente en la distribución de poder y en cómo la anarquía condiciona la conducta estatal (Waltz, 2001). El neorrealismo considera que la tercera imagen ofrece la explicación más sólida: la estructura empuja a los Estados a buscar equilibrios de poder para evitar desbalances que puedan poner en riesgo su seguridad (Waltz, 2001).

En esta lógica, anticipar importa tanto como reaccionar. Waltz habla de la «sombra del futuro» como el temor a que otros Estados se conviertan en amenazas potenciales: como nadie puede estar seguro de las intenciones ajenas a largo plazo, los Estados tienden a prever escenarios de conflicto y a ajustar sus estrategias de forma continua (Waltz, 2001). Por eso, incluso sin agresiones inmediatas, el sistema incentiva cautela y competición.

Dentro de ese marco, la percepción de amenaza ayuda a explicar por qué Estados distintos responden de manera diferente ante presiones parecidas. No basta con medir la distribución de poder: también importan la proximidad, las capacidades ofensivas y las intenciones atribuidas al otro. El concepto de equilibrio de amenaza capta esta idea: los Estados valoran qué consideran amenazante y, en función de ello, buscan alianzas o refuerzan sus defensas (Walt, 1985). Esto implica que un actor con poder limitado puede percibirse como muy peligroso si sus acciones parecen expansionistas. Se ha señalado, por ejemplo, el caso de Libia bajo Gadafi: pese a sus recursos militares modestos, sus actividades desestabilizadoras provocaron respuestas coordinadas de sus vecinos por la amenaza que proyectaba su conducta (Kirdin, 2017).

Esta importancia de la percepción se conecta con un problema clásico: la incertidumbre y la dificultad de distinguir entre medidas ofensivas y defensivas generan el «dilema de seguridad». Acciones que un Estado adopta como defensivas pueden interpretarse como agresivas por otros, alimentando una espiral de desconfianza que dificulta la cooperación y favorece la compe-

tición (Jervis, 1978). El riesgo crece cuando se malinterpretan señales. La crisis de los misiles de Cuba lo ilustra: aunque la Unión Soviética no pretendía atacar a Estados Unidos, existía el peligro de que sus movimientos se leyeran como preparativos ofensivos. Jervis destaca que Khrushchev subrayó que «Moscú no podía lanzar un ataque exitoso y que no había motivo para que Washington adoptara una respuesta preventiva» (Jervis, 1978: 180). El episodio muestra cómo percepciones subjetivas pueden afectar directamente a la estabilidad internacional.

Aun así, el neorrealismo no presupone que las respuestas a las presiones externas sean siempre automáticas. Aquí entra el realismo neoclásico, que añade un nivel intermedio: las presiones estructurales influyen, pero su traducción en política exterior pasa por filtros internos, como la percepción de las élites y la capacidad del Estado para movilizar recursos (Rose, 1998). Desde esta perspectiva, variables domésticas —equilibrios institucionales, cohesión política o capacidad de coordinación— pueden condicionar el grado de consistencia con el que un Estado define prioridades y sostiene compromisos.

Además, no todos los Estados reaccionan igual ante amenazas similares. En ciertos contextos, la falta de consenso y las disputas internas pueden derivar en *underbalancing*: aun percibiendo una amenaza externa, el Estado no moviliza recursos suficientes o adopta estrategias insuficientes o poco consistentes (Schweller, 2004). El apaciguamiento británico frente a la Alemania nazi suele presentarse como un ejemplo clásico de cómo restricciones y divisiones internas pueden contribuir a respuestas por debajo de lo esperable, pese al deterioro del entorno estratégico (Schweller, 2004).

En el plano de las alianzas, el realismo estructural entiende organizaciones como la OTAN como instrumentos para gestionar el equilibrio de poder en un sistema competitivo (Waltz, 2001). El realismo neoclásico mantiene ese marco, pero subraya que el grado de compromiso y la continuidad de las prioridades también están mediados por condiciones internas —costes políticos, equilibrios entre instituciones y capacidad de sostener consensos— que influyen en la credibilidad y en la sostenibilidad de los compromisos hacia los aliados (Rose, 1998; Schweller, 2004).

2.1.2 Enfoque constructivista en las relaciones internacionales

El constructivismo parte de una idea simple: la estructura internacional no «programa» automáticamente lo que hacen los

Estados. Su conducta depende, en buena medida, de los significados que construyen en la interacción y de los procesos sociales que se acumulan con el tiempo (Wendt, 2005). Desde esta óptica, la anarquía —la ausencia de una autoridad central— no tiene un efecto único: puede vivirse como rivalidad o como cooperación según las prácticas y expectativas que se vayan asentando. Por eso, intereses e identidades no se dan por supuestos desde el inicio; se forman y cambian a medida que los Estados aprenden, se relacionan y reinterpretan su entorno (Wendt, 2005).

De ahí se sigue que un mismo entorno anárquico puede producir dinámicas muy distintas, dependiendo de marcos compartidos de interpretación y percepciones que se consoliden entre los actores. Incluso algo tan «material» como el poder militar no se interpreta de manera automática: una capacidad puede leerse como amenaza o como oportunidad según el contexto histórico y la relación previa entre quienes interactúan (Katzenstein, 1996; Wendt, 2005). En ese proceso, las normas internacionales y las instituciones sirven como marcos de sentido: orientan qué se considera legítimo, qué resulta aceptable y cómo se definen ciertos intereses (Finnemore y Sikkink, 1998).

Aplicado al vínculo transatlántico, esta perspectiva sugiere que la OTAN se entiende peor si se reduce a una alianza militar pensada solo para contener amenazas externas. Su continuidad también descansa en valores compartidos y en expectativas mutuas sobre seguridad, liderazgo y responsabilidad, que han sostenido su legitimidad con el paso del tiempo (Adler y Barnett, 1998). Además, esa legitimidad se apoyó en una narrativa más amplia de cooperación tras la Guerra Fría, que dio a la Alianza un sentido renovado dentro del orden posterior.

En ese marco cobra especial relevancia el concepto de comunidades de seguridad. Para Adler y Barnett (1998), no basta con cooperar por conveniencia: existe una comunidad de seguridad cuando se asienta un sentido de comunidad y unas expectativas compartidas y fiables de cambio pacífico, de modo que sus miembros dan por supuesto que resolverán sus disputas sin recurrir a la guerra ni al uso de la fuerza entre ellos. Ese suelo de confianza se alimenta de aprendizaje social, hábitos de cooperación y significados compartidos. En el caso transatlántico, esta lógica ayuda a entender por qué la relación puede aguantar tensiones puntuales sin romperse, aunque esas tensiones pongan a prueba la cohesión.

Katzenstein (1996) añade un matiz importante: las percepciones de amenaza y las políticas de seguridad están atravesadas por tradiciones culturales y normas internas. Por eso, la política exterior no es solo respuesta a presiones externas; también expresa valores y narrativas nacionales que moldean la manera de leer el entorno internacional.

En consecuencia, normas e identidades no se forman únicamente dentro de los Estados: también se construyen en el propio sistema internacional, donde alianzas y comunidades de seguridad actúan como espacios de socialización. Esto permite observar cómo las narrativas internas en Estados Unidos pueden chocar —o encajar— con normas compartidas y percepciones de amenaza, generando tensiones sobre el significado de liderazgo o compromiso en el exterior.

Aunque el constructivismo se aleja del realismo estructural en el énfasis, ambos reconocen la importancia del nivel estructural. La diferencia es que, para el constructivismo, esa estructura incluye una dimensión ideacional: identidades colectivas y normas transnacionales condicionan cómo se interpretan las presiones externas y, en consecuencia, cómo se responde a ellas.

2.1.3 Convergencia entre neorrealismo y constructivismo

Neorrealismo y constructivismo parten de supuestos distintos, pero pueden combinarse sin forzarlos si se usan para responder a preguntas diferentes. El neorrealismo fija las presiones estructurales que empujan a los Estados a priorizar seguridad y equilibrio (Waltz, 2001). El constructivismo ayuda a entender por qué, ante presiones parecidas, las respuestas no son idénticas: porque los Estados interpretan amenazas y compromisos a través de identidades, percepciones y significados compartidos (Wendt, 2005). Este cruce resulta útil para analizar cómo la polarización interna en Estados Unidos puede terminar influyendo en su política exterior y en la relación con Europa.

El punto de contacto está en la amenaza: la estructura impone límites, pero la política concreta depende de cómo se leen señales e intenciones. Las percepciones erróneas pueden escalar tensiones y disparar respuestas desproporcionadas (Jervis, 1978), mientras que una historia de cooperación y un lenguaje común pueden facilitar acuerdos (Wendt, 2005).

También importan normas e instituciones, no solo como reglas, sino como marcos que legitiman acciones y estabilizan expectativas (Finnemore y Sikkink, 1998). Por eso, la OTAN puede entenderse a la vez como instrumento estratégico y como comunidad de valores; su continuidad tras la Guerra Fría se explica no solo por cálculo material, sino también por su reinterpretación en un contexto más cooperativo (Adler y Barnett, 1998; Kaminski, 2019).

Cuando entra el factor doméstico, la combinación cobra más sentido: el equilibrio de poder puede ser una necesidad, pero definir qué es amenaza, qué costes son aceptables y qué compromisos se sostienen depende de narrativas internas (Jervis, 1978). Eso puede afectar a la credibilidad de los compromisos estadounidenses y alimentar en Europa el debate sobre autonomía estratégica (Martin y Sinkkonen, 2021). En paralelo, iniciativas europeas de seguridad pueden leerse como respuesta material y como intento de reforzar una identidad propia de actor (Adler y Barnett, 1998).

En suma, el neorrealismo aclara restricciones y presiones del entorno, pero se queda corto si no explica cómo se interpretan. El constructivismo ilumina significados y normas, pero necesita recordar que no actúan en el vacío: hay capacidades y distribución de poder que ponen límites. Usarlos de forma complementaria ayuda a evitar dos reduccionismos: materialismo sin ideas e ideas sin límites materiales.

2.2 Concepto de polarización

2.2.1 Definición y tipos de polarización

La polarización puede entenderse como el proceso por el que opiniones, actitudes e intereses se van separando hasta agruparse en dos polos enfrentados (Friedrichs y Tama, 2022; Borg, 2024). En los últimos años ha ganado peso también en el análisis de la política internacional, porque sus efectos no se quedan dentro de las fronteras estatales y pueden proyectarse hacia el exterior. Para trabajar con el concepto con cierta precisión conviene distinguir entre polarización ideológica y polarización afectiva, dos dimensiones que interactúan y pueden condicionarse mutuamente.

La polarización ideológica alude a la distancia creciente en posiciones sobre cuestiones políticas concretas: desde el papel del

Estado hasta cómo se entiende el orden internacional o el valor del multilateralismo. La polarización afectiva, en cambio, tiene más que ver con la identificación emocional y partidista: el desacuerdo deja de ser solo sobre políticas y pasa a vivirse como una cuestión de identidad, donde el adversario se percibe como alguien moralmente inaceptable (Iyengar *et al.*, 2012). Ambas dimensiones pueden reforzarse: la ideológica estructura preferencias y prioridades, mientras la afectiva dificulta la cooperación con el adversario.

En política exterior, la polarización ideológica puede notarse en los cambios de orientación entre administraciones. Cuando crece la distancia, aparecen posturas más enfrentadas sobre cooperación internacional, multilateralismo o compromisos con aliados, lo que complica sostener una línea reconocible y aumenta la incertidumbre para sus socios (Friedrichs y Tama, 2022). En el vínculo transatlántico, las diferencias entre demócratas y republicanos influyen también en la manera de leer amenazas y en el enfoque hacia la seguridad colectiva (Smeltz, 2022). En la práctica, esto se traduce en oscilaciones en compromisos internacionales y enfoques más unilaterales, mermando la capacidad de liderazgo de Estados Unidos (Bloethe, 2021).

La polarización afectiva, por su parte, se asocia a mayores dificultades para construir acuerdos. Cuando el rechazo hacia el adversario domina, el margen para el consenso se reduce y puede aumentar la dependencia de decisiones unilaterales del Ejecutivo (Colomer, 2023). En política exterior, esa falta de acuerdos internos puede traducirse en respuestas menos consistentes y en una erosión de la confianza de los aliados, que perciben un compromiso más inestable (Borg, 2024).

La literatura revisada sugiere, además, un patrón: momentos de polarización interna intensa coinciden con etapas de mayor variación en la política exterior estadounidense, lo que apunta a una relación estrecha entre división interna y pérdida de influencia (Colomer, 2023). Esto no implica un efecto automático ni inmediato, pero sí indica que, en crisis internacionales, el consenso interno facilita proyectar fortaleza y coherencia (Friedrichs y Tama, 2022).

En ese marco, la dinámica institucional importa. El bipartidismo y la separación de poderes han contribuido a un entorno de confrontación sostenida en el que las instituciones pueden reforzar el conflicto al reducir incentivos para el consenso (Colomer, 2023).

En política exterior, esto puede debilitar el papel del Congreso como contrapeso efectivo y favorecer un uso más frecuente de competencias ejecutivas. Friedrichs y Tama (2022) señalan que esta tendencia ha restado coherencia y previsibilidad al compromiso internacional de EE. UU., haciendo su liderazgo más dependiente de ciclos presidenciales.

La comparación internacional ayuda a situar el caso. Bernaerts *et al.* (2023) muestran que democracias más consensuales —como las escandinavas— tienden a contener mejor la polarización gracias a estructuras institucionales más representativas. En contraste, sistemas mayoritarios como el estadounidense presentan mayores niveles de polarización ideológica y afectiva, lo que dificulta políticas sostenidas y coherentes.

Aun así, no todo el análisis termina en una lectura solo negativa. Algunos trabajos sugieren que choques externos fuertes —crisis económicas o conflictos— pueden reducir temporalmente las divisiones internas al crear un foco común, siempre que lleguen antes de que se consoliden bloques extremos (McCarthy *et al.*, 2006; Axelrod *et al.*, 2021). Para la política exterior estadounidense, este matiz es relevante porque ayuda a explicar por qué, en ciertos momentos, una crisis puede generar unidad transitoria y facilitar acuerdos.

En conjunto, aunque ambas dimensiones importan, aquí se considera que la polarización ideológica pesa especialmente para entender la política exterior, porque estructura prioridades y orientaciones entre administraciones. La polarización afectiva puede actuar como elemento amplificador, al dificultar la construcción de acuerdos duraderos (Axelrod *et al*., 2021).

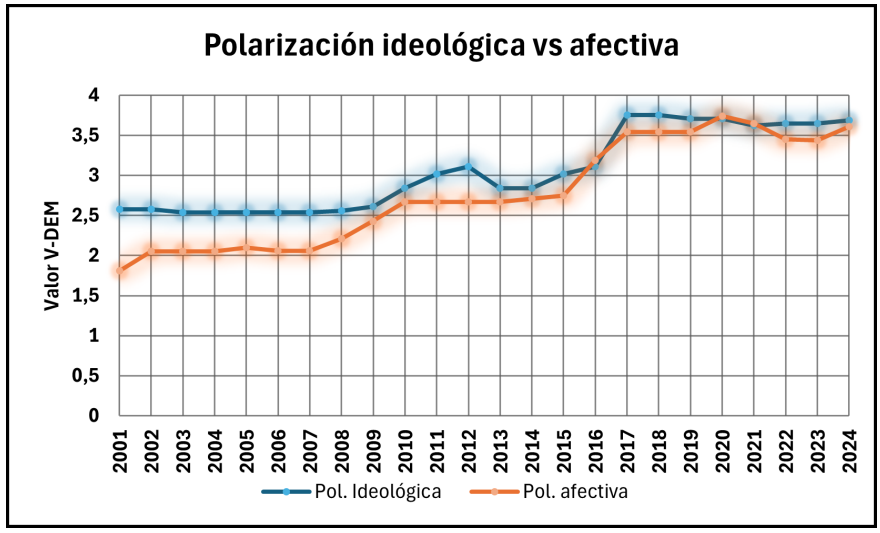
2.2.2 ¿Cómo medir la polarización?

Para este trabajo se utiliza el proyecto V-DEM[1] como referencia para seguir la evolución de la polarización en Estados Unidos a lo largo del tiempo. Su utilidad aquí es operativa: ayuda a identificar momentos de intensificación de las fracturas internas y, por tanto, periodos en los que resulta razonable examinar con más

[1] El proyecto Varieties of Democracy (V-DEM) está diseñado para comparar sistemas políticos a lo largo del tiempo. Se apoya en evaluaciones de expertos por país y en modelos estadísticos orientados a mejorar la fiabilidad y la comparabilidad de los indicadores (Coppedge *et al.*, 2021). Entre sus dimensiones incluye variables relacionadas con polarización.

detalle su posible relación con la política exterior hacia Europa (McCoy *et al*., 2022; Bernaerts *et al*., 2023). Como complemento, los datos del *Chicago Council on Global Affairs* permiten observar cambios en la opinión pública estadounidense sobre el vínculo transatlántico.

Se emplean dos indicadores de V-DEM: *polarization of society* y *political polarization*. Siguiendo a Bernaerts *et al*. (2023), el primero se aproxima a la polarización ideológica y el segundo a la polarización afectiva. Para facilitar la lectura, ambos se presentan en una escala de 0 a 4, donde los valores altos indican mayores divisiones y deterioro de la convivencia política.



La figura 1 recoge la evolución de estas dos vertientes durante el período de estudio y se utilizará como apoyo para orientar el análisis en apartados posteriores.

2.2.3 Evolución de la polarización en EE. UU.

La polarización en Estados Unidos no se explica solo por cambios en actitudes sociales; también se vincula a un diseño institucional que puede dificultar la cooperación partidista. La separación estricta de poderes nació para evitar la concentración de autoridad, pero en escenarios de antagonismo elevado tiende a favorecer la confrontación (Colomer, 2023). A ello se suma la combinación de elecciones presidenciales separadas y un sistema

legislativo basado en distritos de mayoría relativa, que reduce la representatividad y empuja a una dinámica de «bloque contra bloque» (Colomer, 2023).

En ese marco, un Ejecutivo elegido de forma independiente y un Congreso bicameral con equilibrios propios generan incentivos para el bloqueo: con frecuencia, un partido controla la Presidencia, mientras el otro domina al menos una de las cámaras, lo que eleva el coste político de cooperar (Colomer, 2023). Cuando el Legislativo no produce acuerdos estables, la iniciativa tiende a desplazarse hacia la Presidencia, un patrón que se vuelve especialmente visible cuando el entorno internacional presiona para actuar con rapidez (Friedrichs y Tama, 2022).

El bloqueo se aprecia con claridad en el Senado. La disciplina partidista y las reglas de supermayorías facilitan que iniciativas relevantes se estanquen, alimentando la percepción de ineficacia del sistema (Colomer, 2023). En la práctica, el filibusterismo[2] eleva el umbral para avanzar legislación y hace más frecuente el recurso a mociones de clausura (*cloture*) para terminar el debate, que Colomer señala como indicador directo del bloqueo en contextos de polarización (Colomer, 2023).

Esta transformación importa cuando se mira hacia fuera. La polarización interna puede dificultar consensos estratégicos y hacer que las prioridades cambien con mayor brusquedad entre administraciones (Friedrichs y Tama, 2022; Smeltz, 2022). Esto no implica que toda variación se explique por la polarización, pero sí sugiere que sostener líneas coherentes en el tiempo resulta más complicado cuando el desacuerdo interno es intenso.

En paralelo, la menor colaboración del Congreso favorece que los presidentes actúen con mayor autonomía, recurriendo a órdenes ejecutivas o a acuerdos con respaldo legislativo limitado para avanzar agendas exteriores (Bloethe, 2021). Esta vía puede ser eficaz a corto plazo, pero reduce la continuidad y proyecta una señal de imprevisibilidad hacia aliados que dependen de compromisos duraderos.

Desde una mirada constructivista, el problema no es solo institucional, sino también narrativo: las disputas internas sobre el

[2] En el Senado de EE. UU., el *filibuster* es una táctica para prolongar el debate y retrasar o impedir una votación; la *cloture* es el mecanismo para limitar el debate y superar esa obstrucción. Introducida en 1917 y reformada en 1975, la *cloture* requiere tres quintos del Senado (sesenta votos) (United States Senate, 2025c, 2025a).

papel global de Estados Unidos o sobre qué amenazas se consideran prioritarias influyen en cómo se interpretan costes y objetivos de la acción exterior (Borg, 2024). En Europa, esas oscilaciones alimentan dudas sobre la fiabilidad del compromiso estadounidense con la seguridad europea, incluso dentro de la OTAN, y refuerzan los debates sobre autonomía estratégica e iniciativas para desarrollar capacidades propias (Pesu y Sinkkonen, 2024). En conjunto, la polarización puede dificultar políticas exteriores consistentes y erosionar la imagen de Estados Unidos como actor previsible y fiable (Friedrichs y Tama, 2022).

2.3 Relación entre polarización y teorías de relaciones internacionales

2.3.1 Articulación entre polarización y política exterior desde el neorrealismo

En el neorrealismo, la intuición de partida es conocida: en un sistema anárquico, los Estados tienden a priorizar su seguridad y a vigilar el equilibrio de poder (Waltz, 2001). Lo relevante aquí es que esa respuesta no se sostiene igual cuando dentro del país falta un acuerdo mínimo sobre prioridades. Con una polarización ideológica intensa, se vuelve más difícil mantener una línea exterior estable: no solo cambian objetivos entre administraciones, también se discute de forma más aguda el coste de los compromisos, lo que reduce la consistencia de la política exterior a ojos de aliados y adversarios (Friedrichs y Tama, 2022; Colomer, 2023).

El realismo neoclásico permite concretar el mecanismo: las presiones externas influyen, pero se traducen en decisiones a través de filtros internos, como la interpretación de las élites y la capacidad del Estado para coordinarse y movilizar recursos (Rose, 1998). En ese marco, la polarización puede elevar el riesgo de respuestas incompletas o difíciles de sostener en el tiempo. Schweller conceptualiza este tipo de desviación como *underbalancing*: aun percibiendo una amenaza, el Estado no responde con la coherencia o intensidad esperable porque las disputas internas dificultan la movilización política necesaria (Schweller, 2004).

Esta lógica también afecta a cómo se definen y priorizan amenazas. Walt recuerda que la percepción de amenaza no depende solo del poder material: influyen la proximidad, las intenciones

atribuidas y la lectura política del adversario (Walt, 1985). En un contexto polarizado, esas lecturas pueden volverse menos compartidas y más sensibles a la disputa partidista. Borg (2024), por ejemplo, apunta a una convergencia relativa ante el ascenso de China, mientras que en el caso de Ucrania el desacuerdo interno puede dificultar sostener una postura estable.

El dilema de seguridad añade una advertencia útil: la incertidumbre y la interpretación de señales pueden escalar tensiones incluso entre actores racionales (Jervis, 1978). Trasladado a la política exterior en contextos polarizados, el punto no es que el sistema «obligue» a un resultado, sino que las divergencias internas pueden trasladarse a la forma de valorar riesgos, costes y compromisos, haciendo más probable una línea cambiante o contradictoria en el tiempo (Jervis, 1978).

Por último, si la OTAN encaja con la lógica del equilibrio en Europa, la polarización estadounidense introduce una duda práctica sobre la continuidad del compromiso. Esa incertidumbre puede reforzar, entre los aliados europeos, el incentivo a cubrir riesgos mediante más inversión y planificación propia y, en el marco de la Unión Europea, alimentar el debate sobre capacidades autónomas como forma de reducir vulnerabilidades ante posibles virajes (Pesu y Sinkkonen, 2024). En conjunto, esta lectura permite tratar la polarización no como un asunto meramente doméstico, sino como un factor que podría afectar a la estabilidad del papel estadounidense en el espacio euroatlántico.

2.3.2 Papel del constructivismo en el análisis de la percepción transatlántica

Desde un enfoque constructivista, la polarización importa porque puede alterar los marcos desde los que Estados Unidos interpreta su papel internacional y legitima sus compromisos. Cuando el conflicto interno se intensifica, no solo se discuten políticas concretas: también se tensionan ideas sobre identidad, amenaza y responsabilidad exterior, lo que puede dificultar sostener una política exterior reconocible y estable. En términos de Wendt (2005), intereses e identidades no son fijos: se construyen socialmente y pueden variar cuando cambia el contexto interno y las normas que organizan el debate público.

En ese plano, la OTAN es un ejemplo útil porque su cohesión no depende únicamente de capacidades. Adler y Barnett recuerdan que una comunidad de seguridad se sostiene sobre expectati-

vas compartidas y fiables de cambio pacífico, además de hábitos de cooperación y confianza acumulada (Adler y Barnett, 1998). Si esas expectativas se ven sometidas a cuestionamiento recurrente —aunque no cambien de inmediato los despliegues o las capacidades— la relación puede resentirse en el terreno de la credibilidad. Algo parecido ocurre con las normas: Finnemore y Sikkink (1998) explican que se difunden, se interiorizan y también se disputan, pudiendo transformarse con el tiempo. En un clima polarizado, esa disputa puede intensificarse y afectar a ideas que parecían asentadas, como el valor del multilateralismo o el sentido del compromiso transatlántico.

El efecto tiende a ser doble. Hacia dentro, cuesta más construir una base común que legitime una política exterior sostenida; hacia fuera, se proyecta una imagen menos predecible, lo que puede erosionar la confianza aliada. En el caso del vínculo transatlántico, Pesu y Sinkkonen (2024) señalan que la percepción europea de fiabilidad se ve afectada por la inestabilidad interna estadounidense. En conjunto, el constructivismo ayuda a captar cómo la polarización puede alterar expectativas y marcos de interpretación que sostienen decisiones estratégicas, y por qué esos cambios pueden ser relevantes incluso cuando los intereses materiales de seguridad siguen presentes (Wendt, 2005).

3 La política exterior de Estados Unidos (2001–2024)

3.1 La política exterior de EE. UU. en la administración Bush (2001-2008)

Al final de la Guerra Fría, la política exterior de Estados Unidos tendía a apoyarse en el multilateralismo y en la gestión de crisis mediante marcos institucionales. Durante la presidencia de Bill Clinton (1993-2001), pese a la primacía adquirida tras la caída de la URSS, la estrategia exterior no se presentó como un proyecto de dominación total del sistema, y el recurso a coaliciones siguió siendo una pauta habitual (Ryan, 2017). Ese marco empezó a tensionarse con la llegada de George W. Bush en 2001, asociada por parte de la literatura a un enfoque más asertivo y unilateral (Daalder y Lindsay, 2003).

El 11 de septiembre de 2001 reordenó las prioridades estratégicas estadounidenses y reforzó la idea de que la seguridad exigía actuar con rapidez, incluso bajo una lógica preventiva. La res-

puesta se articuló como la «Guerra contra el Terror», que habilitó intervenciones militares y reforzó un liderazgo dispuesto a sostener el orden global mediante el uso de la fuerza (Ryan, 2017). En ese marco se invadió Afganistán en octubre de 2001, con respaldo internacional y apoyo de la OTAN, aunque la ocupación evidenció pronto problemas en la reconstrucción y la estabilización, contribuyendo a una guerra prolongada y al resurgimiento talibán (Bogren, 2007).

La gran fractura transatlántica llegó con Irak en 2003: la intervención no contó con autorización del Consejo de Seguridad de la ONU y se justificó, entre otros argumentos, por las supuestas armas de destrucción masiva, cuya falta de evidencias terminó erosionando la legitimidad de la operación (Ryan, 2017). La división europea fue clara —apoyos como Reino Unido y España frente a rechazos como Francia y Alemania— y Washington optó por una coalición *ad hoc*, lo que reforzó la percepción de unilateralismo (Sazo Muñoz, 2009). En paralelo, Europa ya venía impulsando esfuerzos para reforzar capacidades propias en el marco de la Política Europea de Seguridad y Defensa (PESD), sin plantearlos como una ruptura con la OTAN (Hunter, 2002). En conjunto, la etapa Bush dejó una política exterior cuestionada por sus costes de legitimidad y por el desgaste acumulado en Irak y Afganistán (Bogren, 2007).

3.2 La política exterior de EE. UU. en la administración Obama (2009-2016)

Cuando Obama llegó a la presidencia en 2009, heredó dos guerras difíciles de cerrar, una crisis económica y una reputación exterior dañada. Su intención fue recuperar margen político con un tono más conciliador y una preferencia explícita por la diplomacia y la cooperación, presentando el liderazgo estadounidense como algo que debía ejercerse con más cautela en el uso de la fuerza (Lieberman, 2009). En su discurso de El Cairo resumió esa idea con una frase que buscaba marcar distancia con el intervencionismo más duro: «Ninguna nación puede ni debe imponer a otra un sistema de gobierno» (Obama, 2009). Ese cambio de tono, sin embargo, no eliminó los dilemas estratégicos: en varios frentes, su administración optó por ajustar instrumentos y prioridades más que por retirarse del escenario global (Powell, 2015).

En Irak, la retirada de las tropas en 2011 respondió a una presión interna evidente por reducir costes y exposición, pero no aseguró

un marco de seguridad estable. Según Rupérez (2013), el país quedó institucionalmente frágil, lo que facilitó la aparición de un vacío aprovechado más tarde por el Estado Islámico y obligó a Washington a implicarse de nuevo en 2014 con un perfil distinto: ataques aéreos y apoyo a fuerzas locales, sin volver a una ocupación masiva. En Afganistán, el recorrido fue más ambiguo: un refuerzo temporal en 2009 para contener a los talibanes y, después, una retirada gradual que no se tradujo en una pacificación definitiva.

Ese patrón ayuda a entender su enfoque general: evitar guerras de ocupación, pero sin renunciar a actuar cuando lo consideraba necesario. En la práctica, el antiterrorismo cedió un mayor peso al empleo de drones y operaciones especiales, reduciendo costes políticos frente a despliegues prolongados, aunque abrió controversias sobre sus implicaciones y eficacia a largo plazo (García, 2012). La retórica era de prudencia y alianzas; el resultado fue una política exterior que trató de mantener capacidad de intervención sin repetir el modelo de Irak (Powell, 2015).

La Primavera Árabe llevó esa lógica al límite. En Libia (2011), la fórmula de *leading from behind* —apoyo estadounidense con protagonismo europeo— buscó contener la exposición directa de EE. UU., pero también mostró los riesgos de intervenir sin una salida política clara: tras la caída de Gadafi, el país entró en una fase de inestabilidad prolongada y debilidad estatal (Whitmore y Deni, 2013). Siria, por su parte, se convirtió en un episodio especialmente delicado para la percepción del liderazgo estadounidense. Tras el uso de armas químicas en 2013, la administración evitó una intervención militar directa y optó por una vía diplomática con Rusia orientada a un desarme químico parcial. La decisión se interpretó de forma divergente: para algunos, dañó la credibilidad disuasoria (Deni, 2015); para otros, fue coherente con una contención deliberada (Powell, 2015). En cualquier caso, el episodio alimentó una pregunta incómoda también en Europa: hasta qué punto Washington estaba dispuesto a asumir costes altos en crisis complejas.

En el plano geopolítico, Obama impulsó el *Pivot to Asia*, priorizando el Indo-Pacífico ante el ascenso de China y tratando de reforzar alianzas regionales y su presencia estratégica (Hillison, 2018). En Europa, ese giro se leyó con inquietud: no como ruptura, sino como una señal de que el continente dejaba de ser el centro de gravedad en la agenda estadounidense (Powell, 2015). Aun así, la anexión rusa de Crimea en 2014 reactivó la centra-

lidad de la seguridad europea. La respuesta estadounidense se basó en sanciones y refuerzo del flanco oriental de la OTAN, sin una intervención militar directa, y reforzó la expectativa de que los aliados europeos asumieran más carga en defensa (Guinea, 2018).

Ese reajuste se notó en el debate sobre el reparto de responsabilidades: se reafirmó el valor de la Alianza, pero se insistió en el aumento del gasto europeo, alineado con el objetivo del 2 % acordado en Gales (García, 2016). Persistieron, además, fricciones puntuales, como en la defensa antimisiles, donde el impulso estadounidense no siempre encontró el mismo entusiasmo en París o Berlín, preocupados por el efecto sobre la relación con Rusia (Whitmore y Deni, 2013). En conjunto, la etapa Obama dejó un vínculo transatlántico funcional, pero con una tendencia que se fue normalizando: cooperación estrecha, sí y, al mismo tiempo, una Unión Europea más consciente de sus dependencias y más atenta a reforzar capacidades propias.

3.3 La política exterior de EE. UU. en la primera administración Trump (2017-2020)

Con Donald Trump, la política exterior de Estados Unidos se volvió menos institucional y más transaccional: alianzas y compromisos se presentaban como acuerdos en los que cada socio debía justificar su valor en dinero, seguridad y resultados. La relación con la OTAN fue el ejemplo más visible. Trump la criticó con dureza, llegó a cuestionar su utilidad y presionó públicamente a los aliados para que aumentaran el gasto en defensa, aunque sin traducir esa retórica en una retirada real de Europa; de hecho, mantuvo e incluso reforzó ciertos elementos de la presencia militar estadounidense y logró que varios países elevaran su inversión (Benedicto Solsona, 2018). El mensaje de fondo no era nuevo, pero el modo de plantearlo —como un reproche directo y casi contable— sí deterioró el clima político.

Ese enfoque también se trasladó al terreno económico. En 2018, Washington impuso aranceles a productos europeos como el acero y el aluminio, invocando razones de seguridad nacional. La Unión Europea respondió con medidas de represalia y, según Benedicto Solsona (2018), el episodio alimentó la percepción de que Estados Unidos estaba dispuesto a tratar a sus socios como rivales cuando lo consideraba conveniente. No fue solo una dis-

puta comercial: afectó a la confianza en la previsibilidad del socio estadounidense.

En paralelo, la Estrategia de Seguridad Nacional de 2017 devolvió al primer plano la competencia entre grandes potencias, señalando a China y Rusia como actores revisionistas que desafiaban el orden internacional (The White House, 2017). Sin embargo, la aplicación de esa visión no siempre fue lineal. Con China, la administración endureció el pulso económico y reforzó un marco de rivalidad, aunque Trump alternó esa línea con una diplomacia muy personalista con Xi Jinping. Con Rusia ocurrió algo parecido: pese a una retórica a veces conciliadora, Washington mantuvo sanciones y reforzó su presencia en el flanco oriental de la OTAN, lo que alimentó la sensación europea de que el tono y la política concreta podían ir por carriles distintos (Schuette, 2023). Para varios aliados, el problema no era solo la dureza o suavidad de la postura, sino la impresión de que el rumbo podía cambiar con rapidez.

En Oriente Medio, Trump optó por un alineamiento especialmente estrecho con Israel y por una política de «máxima presión» sobre Irán. En 2018, Estados Unidos reconoció Jerusalén como capital de Israel y trasladó su embajada desde Tel Aviv (The White House, 2018), una decisión que provocó un rechazo amplio en la comunidad internacional. Ese mismo año abandonó el acuerdo nuclear con Irán y restableció sanciones para forzar una renegociación en términos más favorables para Washington (Benedicto Solsona, 2018). Según diversos análisis, el efecto fue más bien un aumento de la tensión regional que una moderación clara del comportamiento iraní.

En el plano militar, el gasto en defensa aumentó[3] y la disuasión ocupó un lugar central en el discurso estratégico (Benedicto Solsona, 2018). A la vez, Trump combinó promesas de reducir intervenciones con acciones puntuales, como los bombardeos en Siria en 2017 y 2018 tras el uso de armas químicas por el régimen de Bashar al-Assad (Dombrowski y Reich, 2017). Esa mezcla mostró una tensión constante entre el mensaje de «menos guerras» y la disposición a usar la fuerza cuando Washington quería marcar un límite.

[3] Según datos de SIPRI (2024), el gasto en defensa de EE. UU. aumentó de 639 856 millones de dólares en 2016 a 778 397 millones de dólares en 2020.

Finalmente, a nivel comunicativo, Trump practicó una diplomacia de corte populista: anuncios en redes sociales, mensajes dirigidos a su audiencia doméstica y choques frecuentes con organismos internacionales como la ONU o la OMC (Löfflmann, 2022). En términos interpretativos, puede leerse como una etapa orientada a maximizar ventajas nacionales y a competir abiertamente, pero que, por su estilo confrontativo y cambiante, aumentó la incertidumbre estratégica y empujó a la UE a tomarse más en serio la necesidad de prepararse para actuar con mayor autonomía (Benedicto Solsona, 2018; Löfflmann, 2022).

3.4 La política exterior de EE. UU. durante la administración Biden (2021-2024)

La llegada de Biden a la Casa Blanca se interpretó como un intento de devolver previsibilidad a la política exterior tras la etapa Trump: menos fricción con los aliados, más coordinación y un lenguaje multilateral. Ese giro de estilo, sin embargo, convivió con un contexto exigente: rivalidad sostenida con China, presión de Rusia sobre Europa y una política interna cada vez más polarizada. En su marco estratégico, la administración presentó el liderazgo estadounidense como una combinación de instrumentos militares, económicos y diplomáticos para mantener influencia en un entorno más competitivo (The White House, 2022). En paralelo, el énfasis en democracia y cooperación funcionó también como una forma de recomponer legitimidad y cohesión entre socios (Lacatus y Blanc, 2023).

Uno de los focos centrales fue recomponer la relación transatlántica. Biden buscó reducir la fricción política y reafirmar el compromiso con la OTAN, pero esa recuperación no implicó un retorno automático a la dependencia tradicional. La Unión Europea siguió avanzando en iniciativas para reforzar capacidades y coordinación propias, presentadas como complementarias a la Alianza, pero orientadas a ganar margen de acción en un entorno más incierto (Romano, 2024). En muchas capitales europeas, fue calando una idea simple: seguir de la mano de Washington era imprescindible, pero sin dar por garantizada su implicación.

La sintonía en seguridad, además, no eliminó fricciones económicas. La Ley de Reducción de la Inflación (IRA) impulsó producción nacional y transición energética, pero en Europa se percibió como una medida con efectos proteccionistas que podía perjudicar a la industria europea (von Daniels, 2024). El resultado fue una

relación más cooperativa que durante Trump, aunque no necesariamente más cómoda en todos los frentes.

El gran eje del periodo fue Ucrania. Tras la invasión rusa de febrero de 2022, EE. UU. lideró la respuesta occidental con sanciones y apoyo militar a Kiev (Demczuk, 2023). En 2023, Biden presentó la guerra como una prueba de resistencia democrática frente a la política del miedo y la fuerza, una formulación que refuerza una lectura ideacional del conflicto, aunque también puede entenderse como una estrategia de contención y equilibrio frente a Rusia (Biden, 2023). La guerra reforzó la cohesión aliada: más atención al flanco oriental, mayor urgencia inversora y la entrada de Finlandia y Suecia. Las cumbres de Madrid (2022) y Vilna (2023) consolidaron ese giro con énfasis en disuasión y gasto en defensa (Arteaga y Simón, 2023). Al mismo tiempo, la prolongación del conflicto sin un horizonte claro convirtió el apoyo occidental en una variable crítica: una reducción importante podría alterar la capacidad ucraniana de sostener el esfuerzo y reconfigurar el equilibrio europeo (Demczuk, 2023).

En el Indo-Pacífico, Biden mantuvo la contención hacia China, pero con un enfoque más coordinado. Impulsó marcos como AUKUS y QUAD[4] y endureció controles tecnológicos en ámbitos sensibles como el de los semiconductores (Contreras Peralta, 2023). Aun así, la interdependencia económica limitó el desacoplamiento y, en el caso europeo, se consolidó una estrategia de *de-risking*: reducir dependencias críticas sin romper vínculos comerciales (von Daniels, 2024).

En Oriente Medio, la administración combinó continuidad y reajuste. La retirada de Afganistán en 2021 quedó marcada por la caída rápida de Kabul y una evacuación difícil, dañando la percepción de control y planificación (Tovar Ruiz, 2022). En Irán, el intento de reactivar el JCPOA no prosperó (Soare, 2021). Y, respecto a Israel, el apoyo tradicional se mantuvo, pero la guerra en Gaza desde 2023 expuso un dilema persistente entre respaldo a un aliado y coherencia con el discurso sobre derechos humanos, con costes reputacionales y tensiones políticas (Aguirre y Morales Bertrand, 2024).

En suma, Biden trató de ejercer una política de «poder inteligente», reforzando alianzas y legitimidad sin renunciar a ins-

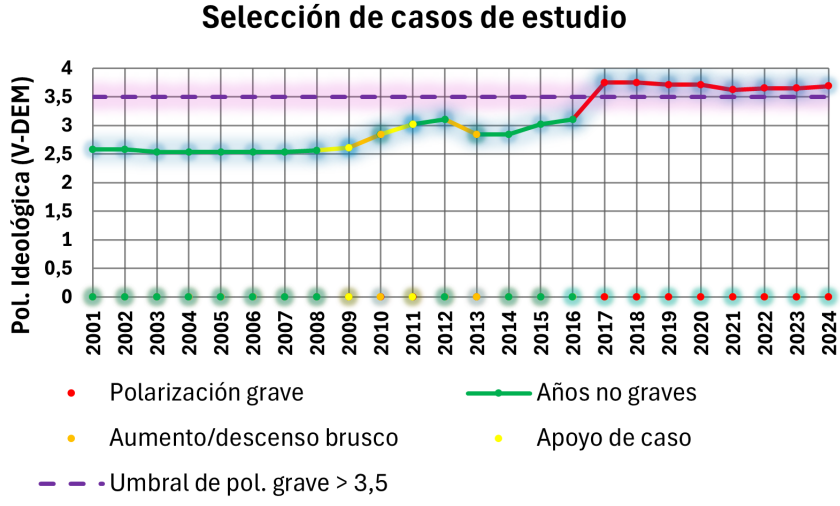
[4] AUKUS es una alianza estratégica entre Australia, Reino Unido y Estados Unidos. El QUAD responde a una estrategia informal conformada por Estados Unidos, Japón, India y Australia para contrarrestar la influencia china en el Indo-Pacífico.

trumentos coercitivos cuando lo consideró necesario (Contreras Peralta, 2023). Su margen, sin embargo, estuvo condicionado por la redistribución del poder global y por la polarización interna estadounidense, que dificulta proyectar una línea exterior estable y previsible (Romano, 2024). El resultado fue una relación transatlántica más cooperativa y una respuesta occidental más coordinada frente a Rusia, pero también una cautela europea más asentada respecto a la dependencia de EE. UU.

4 Análisis de la repercusión de la polarización en EE. UU. en el vínculo transatlántico

4.1 Evolución de la polarización en EE. UU. según V-DEM (2001-2024)

Para seguir la polarización ideológica en Estados Unidos de manera comparable a lo largo del tiempo, este capítulo utiliza el indicador de V-DEM, que la sitúa en una escala de 0 (sin polarización) a 4 (polarización grave) (Coppedge *et al*., 2021). El uso de esta medida aquí es sobre todo práctico: sirve para ubicar cuándo la polarización se mantiene en niveles muy altos y cuándo cambia con especial rapidez, porque esos momentos son los que, si existe un vínculo con la política exterior, tendrían más probabilidades de dejar señales visibles en el discurso estratégico de Washington y en la manera en que Europa interpreta la consistencia del socio estadounidense.



La figura 2 permite observar de manera gráfica, el criterio de selección de casos. En ese sentido, el primer foco se pone en los años en los que el indicador se mueve ya en la parte alta de la escala. En este trabajo, se toma como referencia el valor de 3,5 para identificar los años cercanos a «polarización grave», y con ese criterio el tramo que más destaca es 2017-2024, que coincide con las administraciones de Trump (2017-2020) y Biden (2021-2024). Este recorte no pretende demostrar por sí solo ninguna relación causal: simplemente ayuda a acotar el periodo en el que la polarización aparece de forma más intensa y sostenida.

El segundo foco no se fija tanto en el nivel como en la velocidad del cambio. Además de mirar si la polarización es alta, interesa detectar años en los que aumenta abruptamente respecto al anterior. Con ese criterio, 2010 y 2017 resaltan por incrementos especialmente pronunciados, mientras que 2013 sobresale por un descenso poco habitual. Esta combinación permite priorizar aquellos puntos del periodo 2001-2024 donde resulta más razonable investigar si se producen ajustes relevantes en el marco estratégico estadounidense y si, en paralelo, se intensifican respuestas europeas orientadas a ganar margen de autonomía.

Por la misma lógica, la etapa de Bush queda en un segundo plano en este apartado: durante esos años el indicador se mantiene en niveles moderados y sin variaciones especialmente marcadas, lo que ofrece menos contraste para explorar la relación que plantea el trabajo. En cambio, alrededor del repunte de 2010 se incorporan también 2009 y 2011 como años de contexto inmediato, no porque sean máximos por sí mismos, sino porque ayudan a entender mejor qué ocurre antes y después del salto.

4.2 Período 2009-2011

Cuando Barack Obama llegó a la Casa Blanca en 2009, Estados Unidos seguía marcado por el desgaste de las guerras y por una economía aún vulnerable. En torno a 2010 se percibe un repunte brusco de polarización, que coincidió con dos hitos que concentraron la confrontación partidista: la aprobación de la *Affordable Care Act* y las elecciones de medio término, que devolvieron a los republicanos el control de la Cámara de Representantes (Jacobson, 2011). El efecto fue un clima de mayor bloqueo y negociación más difícil, que condicionó el margen político del Ejecutivo en el plano doméstico.

Desde una lectura neorrealista, la conflictividad interna importa porque estrecha la capacidad de sostener compromisos exteriores largos y costosos: aumenta el incentivo a priorizar frentes, limitar objetivos y reclamar mayor reparto de cargas. Desde una lectura constructivista, la polarización importa también porque disputa el relato sobre qué papel debe jugar EE. UU. en el mundo y, con él, la confianza que proyecta hacia sus socios. Por eso, se ha señalado que el estancamiento legislativo tiende a empujar a la presidencia a apoyarse más en la política exterior, donde dispone de más margen operativo que en la legislación interna (Carmines y Fowler, 2017; Colomer, 2023). Ese trasfondo se reflejaba, además, en actitudes sociales más prudentes respecto a intervenciones prolongadas y en diferencias partidistas visibles sobre multilateralismo y globalización (Bouton *et al*., 2010).

El cambio de tono se aprecia en el contraste entre las estrategias de seguridad nacional de la administración Bush y la de Obama. La *National Security Strategy* de 2006 explicitaba una lógica más unilateral y preventiva (The White House, 2006). La estrategia de 2010, en cambio, reencuadró el liderazgo en términos cooperativos: «Ninguna nación puede afrontar sola los retos del siglo xxi, ni dictar sus términos al mundo» (The White House, 2010: 40). Leída en clave constructivista, esa formulación busca recomponer la legitimidad estadounidense tras Irak y reconstruir la confianza con sus aliados. Leída en clave neorrealista, facilita coaliciones y justifica un reparto de cargas más exigente. El documento, además, dejaba entrever una atención creciente hacia Asia-Pacífico (The White House, 2010), lo que no implicaba abandonar Europa, pero sí repartir prioridades de forma más visible.

En paralelo, la Unión Europea reforzaba su arquitectura exterior. La entrada en vigor del Tratado de Lisboa impulsó el Servicio Europeo de Acción Exterior y consolidó el marco de la Política Común de Seguridad y Defensa, incluida la posibilidad de avanzar hacia una defensa común si hubiera unanimidad (Unión Europea, 2007). Grevi *et al.* (2009) describen este momento como un paso hacia una acción exterior más integrada, aunque todavía apoyada en la OTAN y en capacidades nacionales. En términos constructivistas, este tipo de reformas busca construir la idea de una UE con voz propia; en términos neorrealistas, sin embargo, el límite seguía siendo material: la dependencia en términos de seguridad resultaba incuestionable.

Dos decisiones estadounidenses dieron contenido práctico a esa ambivalencia europea. Primero, la retirada de Irak respondió a

fatiga social, costes y prioridades, reforzando la impresión de que Washington necesitaba cerrar ciclos de implicación prolongada. Segundo, la intervención en Libia en 2011 se convirtió en una señal especialmente nítida: Estados Unidos optó por un papel de apoyo mientras Francia y Reino Unido asumían el liderazgo operativo. Xuereb (2021) subraya que el episodio expuso a la vez límites europeos para articular una respuesta cohesionada y la disposición estadounidense a no liderar automáticamente. Ese patrón es compatible con la idea de *underbalancing*: una respuesta más contenida de lo esperable ante una crisis, en parte porque el liderazgo directo elevaba el coste político (Schweller, 2004). En una lectura constructivista, lo relevante es el efecto de señal: la implicación estadounidense aparece como contingente, no garantizada.

Esa dimensión simbólica se hizo explícita con el discurso de despedida del secretario de Defensa Robert Gates en Bruselas (2011), cuando advirtió que futuros líderes estadounidenses podrían «no considerar que la inversión de América en la OTAN merece la pena» si Europa no revertía el declive de sus capacidades (Dowdall, 2011: 5). Más que una reprimenda técnica, el mensaje reordenaba expectativas sobre responsabilidad compartida: desde el constructivismo, porque tensiona la narrativa de compromiso incondicional; desde el neorrealismo, puesto que vuelve a poner en primer plano la relación entre capacidades, reparto de cargas y credibilidad de la disuasión.

En conjunto, 2009-2011 no produce todavía una autonomía estratégica europea en sentido fuerte. Pero es compatible con un cambio de atmósfera: una política interna estadounidense más áspera, una política exterior más selectiva y una UE que empezaba a dotarse de instrumentos para actuar con mayor coherencia, en un entorno donde el liderazgo de Washington podía percibirse menos automático.

4.3 Despolarización: el caso de 2013

En 2013, se aprecia una despolarización relativa en Estados Unidos respecto al año anterior. Pero ese alivio no se tradujo en un sistema político fluido: el Congreso de los Estados Unidos siguió dividido —demócratas en el Senado y republicanos en la Cámara— y el año estuvo atravesado por episodios de confrontación institucional, como el cierre de gobierno de octubre y la crisis del techo de deuda. Los datos del Senado sobre el recurso a

mociones de clausura reflejan, además, que la dinámica de obstrucción siguió presente (United States Senate, 2014).

Ese doble plano se ve bien en el lanzamiento de las negociaciones del Acuerdo Transatlántico de Comercio e Inversiones (TTIP). El acuerdo no se entendió únicamente como un tratado comercial: se presentó como una apuesta por fijar estándares y reforzar la posición occidental en un entorno de competencia global más compleja. Hamilton (2015)[5] lo describió ante el Congreso como un instrumento para reposicionar a Estados Unidos y a los europeos en esa competencia «difusa». Desde Europa, el TTIP también se leyó como una vía para recuperar centralidad geopolítica en un momento en que Washington mostraba más atención hacia Asia (Meto, 2019). Leído desde el neorrealismo, el TTIP buscaba sostener influencia fijando estándares en un entorno competitivo; desde el constructivismo, pretendía reforzar la identidad transatlántica mediante reglas compartidas que legitimaran la cooperación.

Pero 2013 fue también el año en que ese terreno normativo sufrió una sacudida. El caso Edward Snowden y las filtraciones sobre vigilancia masiva de la NSA dañaron la confianza política y social en Europa, especialmente por el espionaje a líderes como Angela Merkel. La reacción no se limitó a indignación: instituciones europeas como el Parlamento Europeo y la Comisión Europea revisaron marcos de transferencia de datos y reabrieron el debate sobre autonomía regulatoria. Parte de la literatura interpreta que este clima aceleró la afirmación europea de soberanía en privacidad digital, cristalizada en el Reglamento General de Protección de Datos (GDPR) como un giro hacia mayor control normativo frente al enfoque estadounidense (Svantesson y Kloza, 2017). Obama trató de contener el deterioro con un discurso en enero de 2014 apelando a una relación entre aliados basada en respeto mutuo (Obama, 2014), pero en países como Alemania el daño dejó una huella más duradera, consolidando una mirada más crítica hacia el liderazgo estadounidense (Makeschin, 2015).

La crisis de Siria se leyó en Europa como una prueba de la credibilidad de Washington. Tras el ataque químico en Ghouta y la «línea roja» anunciada un año antes, Washington optó por una salida diplomática con Rusia que encauzó la adhesión siria a la Convención sobre Armas Químicas y el inicio del desmantela-

[5] Daniel Hamilton era el director de Centro para Relaciones Transatlánticas de la Universidad John Hopkins de Washington (Hamilton, 2015).

miento del arsenal (Rupérez, 2013; Powell, 2015). Para varios aliados europeos, la solución evitaba otra campaña militar, pero dejó una señal ambivalente: mostraba prudencia y aversión al coste, a la vez que alimentaba dudas sobre hasta qué punto EE. UU. asumiría el liderazgo cuando el apoyo interno fuese frágil (Deni, 2015). En ese sentido, el episodio es compatible con el concepto de *underbalancing* (Schweller, 2004) entendida como contención del liderazgo bajo restricciones domésticas, más que como una renuncia forzada ante una amenaza directa.

Por último, el acuerdo interino con Irán[6] (JPOA) en noviembre reforzó el lado cooperativo del vínculo transatlántico. Negociado con el P5+1 y con participación directa de Catherine Ashton, el pacto limitó temporalmente el programa nuclear iraní a cambio de alivio parcial de sanciones y proyectó una imagen de liderazgo diplomático coordinado con europeos (Powell, 2015).

En conjunto, 2013 sugiere que una despolarización relativa fue compatible con iniciativas que buscaban afianzar la relación con Europa (TTIP) y con episodios de cooperación diplomática (Irán), pero no evitó choques en el plano normativo (Snowden) ni eliminó la fricción interna. Leído con prudencia, 2013 sugiere que la política doméstica condiciona el margen de acción, pero el vínculo transatlántico también depende de cómo se combinan intereses y costes con confianza y reglas.

4.4 2017: récord de polarización durante el primer año de presidencia de Trump

El primer año de Donald Trump coincidió con el mayor clima de polarización en Estados Unidos hasta entonces, dificultando sostener reglas compartidas y consensos duraderos y proyectando esa tensión hacia fuera. Aunque el apoyo social a la OTAN seguía siendo mayoritario, la opinión pública estadounidense mostraba diferencias claras por electorados y mayor tibieza entre quienes se identificaban con Trump, haciendo la alianza más discutible políticamente (Smeltz *et al.*, 2017). En ese marco, el discurso «America First» se tradujo en un enfoque más transaccional: en su primera gran cita con la OTAN en Bruselas, Trump evitó rea-

[6] El *Joint Plan of Action* (JPOA), firmado en noviembre de 2013, fue el acuerdo interino que estableció los principios básicos de negociación con Irán. Este sirvió como base para el posterior *Joint Comprehensive Plan of Action* (JCPOA), firmado en julio de 2015 (Cronberg, 2017).

firmar con claridad el compromiso colectivo de defensa y exigió mayor esfuerzo financiero a los aliados (Trump, 2017), hasta el punto de que el Senado de Estados Unidos se vio empujado a respaldar públicamente la defensa colectiva, un gesto inusual cuando la continuidad del compromiso no está en duda (Graham, 2017).

La *National Security Strategy* (2017) consolidó ese cambio de marco. El documento adoptó una lectura competitiva del orden internacional, defendió revisar alianzas bajo criterios de reciprocidad e insistió en que Europa debía aumentar su contribución a la defensa —con referencia al objetivo del 2 %— y definió a Rusia y China como potencias «revisionistas» (The White House, 2017). En términos neorrealistas, la lógica dominante era de competitividad y reparto de cargas; en términos constructivistas, el efecto fue desplazar el lenguaje de comunidad hacia una relación fundamentalmente transaccional.

Varias decisiones de 2017 reforzaron en Europa la idea de imprevisibilidad. La retirada del Acuerdo de París simbolizó un alejamiento del multilateralismo climático y chocó con una UE donde el clima ya formaba parte de su identidad regulatoria y de proyección internacional (Chestnoy y Gersinkova, 2017). En paralelo, el endurecimiento del tono estadounidense sobre el acuerdo nuclear con Irán —pese a evaluaciones internacionales favorables— abrió una brecha con las principales capitales europeas (Thompson y Thränert, 2017). Y, en el terreno económico, las negociaciones del TTIP, ya debilitadas, terminaron de quedar aparcadas con el cambio de administración (Schneider-Petsinger, 2019). Cada episodio era gestionable por separado; juntos, alimentaron una percepción de volatilidad.

La respuesta europea combinó malestar diplomático y señales de ajuste. Angela Merkel lo resumió tras una cumbre aliada con una frase que se convirtió en referencia: los europeos debían «tomar su destino en sus propias manos» (Merkel, 2017). Y ante los movimientos de Washington respecto al acuerdo con Irán, Federica Mogherini defendió que no correspondía a un solo país terminar unilateralmente un acuerdo respaldado por el Consejo de Seguridad (EEAS, 2017b). Sin hablar de distanciamiento, el año dejó a una UE más vigilante y más dispuesta a proteger márgenes propios cuando percibiese vulnerabilidad.

En ese clima, se produjo un hito institucional con efectos duraderos: el lanzamiento de PESCO en noviembre de 2017, un ins-

trumento previsto desde Lisboa pero no activado hasta entonces (Consejo de la Unión Europea, 2017). Sería exagerado atribuirlo a un único factor —también pesaron el *Brexit* y un entorno de seguridad más exigente—, pero es razonable plantear que las señales procedentes de Washington (condicionalidad, énfasis en el reparto de cargas y menor previsibilidad) contribuyeron a abrir una ventana política para dar el paso (Martí Sempere, 2024). Así, 2017 no solo refleja un giro estadounidense: ayuda a entender por qué, desde Europa, la inquietud empezó a traducirse en herramientas concretas.

4.5 Polarización, unilateralismo y tensión transatlántica. El trienio 2018-2020

Entre 2018 y 2020, la política estadounidense siguió marcada por una polarización alta y por una dinámica institucional poco propicia al compromiso. En ese entorno, el Congreso tuvo dificultades para producir consensos sostenidos y el Ejecutivo tendió a apoyarse más en márgenes presidenciales, mientras el Senado recurría de forma intensiva a instrumentos para desbloquear obstrucciones (United States Senate, 2021). Este contexto no basta para explicar la política exterior, pero sí ayuda a entender por qué decisiones con fuerte impacto transatlántico se tomaron con escasa coordinación previa con los aliados.

Más que una suma de fricciones, 2018-2020 prolongó el giro transaccional abierto en 2017: en clave neorrealista, alianzas, comercio y despliegues se trataron como palancas para redistribuir costes y exigir reciprocidad; en clave constructivista, el vínculo perdió parte de su lógica de comunidad y pasó a percibirse como más condicional, con compromisos menos previsibles.

La salida unilateral de Estados Unidos del acuerdo nuclear con Irán (JCPOA) en 2018 condensó ambos planos. La decisión se adoptó sin alineamiento con socios europeos y provocó una reacción pública coordinada: Emmanuel Macron, Angela Merkel y Theresa May expresaron su «pesar» y reiteraron su compromiso con el acuerdo (UK Prime's Minister Office, 2018). Materialmente, el episodio reabrió un problema de proliferación y sanciones; políticamente, alimentó dudas sobre la fiabilidad de los compromisos estadounidenses, un coste sobre todo dañino cuando la cooperación depende de credibilidad y continuidad (Tovar Ruiz, 2020).

En paralelo, las fricciones comerciales reforzaron la lectura de una relación más transaccional. Los aranceles al acero y aluminio europeos en 2018 y nuevas tensiones en 2020 llevaron a la UE a responder con contramedidas, gestionando el conflicto en clave de reciprocidad (Comisión Europea, 2025). Y el TTIP, ya debilitado, quedó en la práctica congelado, cerrando la vía más ambiciosa para anclar el vínculo mediante un marco económico común (Schneider-Petsinger, 2019). Desde una óptica material, el recurso a aranceles ilustra el uso de instrumentos económicos como presión; desde una óptica normativa, reforzó la impresión de que incluso entre aliados el marco preferente de cooperación podía sustituirse por la lógica de presión-respuesta.

En 2020, el anuncio de retirar en torno a doce mil tropas estadounidenses de Alemania añadió una dimensión de seguridad a esa percepción de incertidumbre. Trump lo justificó como reacción a la falta de cumplimiento alemán en gasto de defensa, con una retórica de reproche hacia un aliado central (Alcaro, 2020). Más allá de su ejecución final, el episodio importó por la señal: si el despliegue se presenta como moneda de intercambio, el compromiso adquiere un carácter condicional. En términos constructivistas, eso erosiona confianza dentro de una comunidad de seguridad; en términos materiales, introduce dudas sobre la disponibilidad estadounidense cuando el apoyo doméstico o el cálculo político cambian (Tovar Ruiz, 2020).

La respuesta europea fue más que retórica. Durante el trienio se afianzó la idea de que Europa debía ampliar su margen de maniobra y reducir dependencias, sin plantearlo como sustitución de la OTAN (Tovar Ruiz, 2020). Ese diagnóstico se articuló en torno a la autonomía estratégica, entendida como refuerzo de capacidades y reducción de vulnerabilidades ante incertidumbres externas (Borrell, 2020).

Entre 2019 y 2020, ese impulso empezó a institucionalizarse. El primer ciclo de CARD[7] (2019-2020) buscó identificar cooperaciones y reducir duplicidades en capacidades (EDA, 2024). El Fondo Europeo de Defensa (EDF) asentó bases para financiar proyectos conjuntos y reforzar la base industrial y tecnológica (EDA, 2022).

[7] La *Coordinated Annual Review on Defence* (CARD) fue lanzada oficialmente en noviembre de 2017 con el objetivo de identificar carencias y oportunidades de cooperación entre los Estados miembros en materia de defensa, promoviendo la convergencia estratégica y una planificación más coherente a nivel europeo (EEAS, 2017a).

Y a finales de 2020, la UE reguló la participación de terceros en proyectos individuales de PESCO, abriendo una cooperación limitada bajo condiciones estrictas: una forma de equilibrar eficacia operativa y control europeo (Cózar Murillo, 2022). Leído desde un realismo pragmático, esa apertura permite sumar capacidades sin perder gobernanza; leído desde el constructivismo, delimita quién puede participar y bajo qué normas, reforzando una identidad europea definida por reglas.

En conjunto, el trienio 2018-2020 sugiere que la polarización y el bloqueo internos en Estados Unidos hicieron más probable una política exterior menos predecible y más unilateral y esa experiencia contribuyó a que en Europa la inquietud pasara de diagnóstico a diseño institucional. No fue el único motor —también pesaron el *Brexit* y el deterioro del entorno de seguridad—, pero estos años ayudan a explicar por qué la UE empezó a traducir dudas sobre fiabilidad en instrumentos concretos para sostener su autonomía de acción.

4.6 Polarización en la administración Biden (2021-2024)

El periodo 2021-2024 combinó dos rasgos que, juntos, ayudan a explicar la evolución del vínculo transatlántico: por un lado, una polarización interna estadounidense persistentemente alta; por otro, el intento de la nueva administración de reconstruir credibilidad exterior mediante un retorno al multilateralismo. En el plano institucional, la dinámica de obstrucción legislativa siguió siendo relevante, y el recurso a herramientas parlamentarias para sortear bloqueos sugiere un contexto político poco propicio a consensos estables (United States Senate, 2023, 2025b). En el plano social, varios sondeos mostraron una brecha partidista estable en apoyo a alianzas y a la defensa de aliados (Smeltz *et al.*, 2023).

Sobre ese telón de fondo, Biden apostó desde el inicio por señales claras de continuidad con los aliados: reingresó en el Acuerdo de París y trató de reactivar un lenguaje de compromiso con Europa (Ayuso, 2021). En la cumbre de la OTAN de junio de 2021, llegó a calificar el Artículo 5 como una «obligación sagrada», una formulación pensada para cerrar dudas sobre la garantía colectiva (Biden, 2021b). En términos constructivistas, estas señales importan porque buscan restaurar confianza y expectativas compartidas; en términos más materiales, pretenden reducir la incertidumbre estratégica que la etapa anterior había reintroducido.

Sin embargo, el mismo año mostró límites visibles. La retirada de Afganistán en agosto de 2021 —justificada por Biden como el cierre de una guerra demasiado larga— se ejecutó de forma caótica y con coordinación aliada percibida como insuficiente, lo que provocó críticas en Europa, especialmente desde Reino Unido y Alemania, y reabrió dudas sobre la fiabilidad práctica del liderazgo estadounidense (Biden, 2021a; Tovar Ruiz, 2022). Para los aliados europeos, la retirada erosionó la confianza en la coordinación transatlántica y reavivó una preocupación más estructural: depender de un garante cuya disposición puede variar con el tiempo y con la política interna, esa incertidumbre que Waltz asocia a la «sombra del futuro» (Waltz, 2001).

La invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022 reordenó el panorama. La respuesta occidental reforzó de forma inmediata la coordinación transatlántica y, en el plano doctrinal, el nuevo Concepto Estratégico de la OTAN aprobado en Madrid definía Rusia como principal amenaza y, por primera vez, incluyó a China como desafío sistémico, alineándose con prioridades estratégicas que Washington venía enfatizando (NATO, 2022). En paralelo, líderes europeos insistieron en una idea que se volvería recurrente: una defensa europea más fuerte no compite con la OTAN, sino que la refuerza (Scholz, 2022; von der Leyen, 2022; Macron, 2023). Esa formulación es relevante porque permite sostener, a la vez, cohesión aliada y margen de iniciativa europea.

Pese al discurso de unidad, los datos sugieren una Alianza desigual: en 2024, 18 de 32 miembros alcanzaron el 2 % del PIB en defensa, y solo una parte de ellos se encuentra en la primera línea fronteriza con Rusia (SIPRI, 2024). Esto ayuda a explicar por qué, incluso en un contexto de refuerzo atlántico, la UE aceleró instrumentos propios. El Fondo Europeo de Defensa operó como palanca para financiar proyectos conjuntos y reducir dependencias tecnológicas (EDA, 2022); la Brújula Estratégica fijó una hoja de ruta para capacidad de acción y lectura común de amenazas (Consejo de la Unión Europea, 2022) y la misión EUMAM Ucrania tradujo el apoyo político en entrenamiento y sostenimiento militar (EEAS, 2022).

El periodo deja, así, una imagen mixta pero coherente: la administración Biden buscó reconstruir previsibilidad y confianza con Europa, y la guerra de Ucrania reforzó de hecho la alianza. Al mismo tiempo, la persistencia de polarización y la memoria reciente de episodios como Afganistán mantuvieron viva la percepción europea de vulnerabilidad ante futuros giros en Washington. Desde

una lente neorrealista, eso favorece inversiones en capacidades propias como forma de reducir dependencia; desde una lente constructivista, consolida una narrativa europea de responsabilidad y autonomía compatible —al menos en el discurso— con la pertenencia a la OTAN.

5 Conclusiones

Este capítulo ha explorado una intuición sencilla, pero difícil de medir con precisión: cuando la polarización política y social aumenta en Estados Unidos, su capacidad para sostener una política exterior estable y previsible hacia Europa puede verse sometida a más presión y, ante esa incertidumbre, la Unión Europea tiende a pensar con más seriedad en cómo reducir dependencias sin romper el vínculo transatlántico. El recorrido 2001-2024 sugiere que la polarización no actúa como un «motor único» de la relación transatlántica, pero sí puede operar como un factor que amplifica oscilaciones y hace más costosa la continuidad estratégica entre administraciones, especialmente cuando la política exterior se convierte en un terreno de disputa interna.

Una primera conclusión es que el efecto más relevante de la polarización no siempre se observa en decisiones aisladas, sino en la percepción de continuidad. Incluso cuando Estados Unidos mantiene compromisos materiales con Europa, la previsibilidad depende de si esos compromisos parecen políticamente sostenibles en el tiempo. Cuando el debate interno se vuelve más confrontativo, aumentan los incentivos a utilizar la política exterior como señal doméstica, y eso puede traducirse en mensajes contradictorios, cambios de énfasis o decisiones más fácilmente reversibles. Para Europa, que basa buena parte de su seguridad en expectativas de respaldo a medio y largo plazo, el problema no es solo qué hace Washington hoy, sino qué es razonable esperar que mantenga mañana.

La segunda conclusión es que esta dinámica opera en dos planos complementarios. En el plano estadounidense, la polarización puede estrechar márgenes de consenso y dificultar políticas exteriores con vocación de permanencia. En el plano europeo, lo decisivo es cómo se interpretan esas señales: la confianza aliada se apoya tanto en capacidades como en expectativas, y las expectativas se alteran cuando el compromiso se percibe como más contingente, más sujeto al ciclo político interno o a giros entre administraciones. Por eso, el análisis no apunta tanto a un dete-

rioro lineal del vínculo como a una relación que se vuelve más sensible a cambios de tono, prioridades y credibilidad.

La tercera conclusión es que las iniciativas europeas asociadas a la autonomía estratégica encajan mejor si se entienden como adaptación y no como ruptura. A lo largo del periodo analizado, Europa no ha buscado una sustitución del paraguas atlántico; más bien ha tratado de ampliar márgenes propios para responder a escenarios en los que el respaldo estadounidense pueda volverse menos claro, más condicionado o más variable. En esa lógica, instrumentos como PESCO, el Fondo Europeo de Defensa o la Brújula Estratégica pueden leerse como intentos de reforzar capacidades, coordinación e industria, sin asumir que eso implique un «divorcio» transatlántico. El matiz es importante: la autonomía aparece como un seguro ante incertidumbre, no como una declaración de independencia.

La cuarta conclusión introduce un límite necesario: la polarización, por sí sola, no determina el estado del vínculo. El contexto internacional puede reforzar la cohesión aliada incluso cuando la polarización es elevada. La invasión rusa de Ucrania en 2022 mostró que, ante una amenaza directa, la coordinación transatlántica puede intensificarse y recuperar reflejos de cooperación, lo que obliga a leer con cuidado cualquier explicación mono causal. En ese sentido, el efecto de la polarización parece depender de condiciones mediadoras: el tipo de crisis, la urgencia percibida, el liderazgo político disponible y la capacidad institucional para sostener un curso de acción más allá de una administración concreta.

Esta idea conecta con la evolución 2021-2024: el vínculo se recompone en el discurso y se fortalece frente a la amenaza rusa, pero convive con dudas sobre la previsibilidad a largo plazo. La polarización interna no bloqueó la acción exterior de la administración Joe Biden, pero podría haber limitado la sensación de continuidad estratégica que Europa necesita para confiar sin reservas. La respuesta europea, como sugiere el cierre del apartado anterior, ha sido dual: apoyarse en Estados Unidos cuando la urgencia lo exige y, al mismo tiempo, seguir construyendo capacidades y mecanismos propios para no depender por completo de la estabilidad política de Washington.

En conjunto, el capítulo no «cierra» una relación causal definitiva, pero sí ofrece una lectura plausible: cuando aumenta la incertidumbre sobre la continuidad del compromiso estadounidense

—y la polarización es una de las condiciones que pueden alimentarla— se refuerzan los incentivos europeos a reducir vulnerabilidades. Esto no elimina la centralidad del vínculo transatlántico, pero ayuda a entender por qué el debate sobre autonomía estratégica ha ganado espacio en la agenda europea y por qué es probable que no desaparezca, aunque varíen las circunstancias inmediatas. La cuestión de fondo, en última instancia, no es si Europa deja de contar con Estados Unidos, sino cómo ajusta su seguridad para que esa dependencia sea más gestionable en un entorno donde la política doméstica del socio principal puede introducir más incertidumbre que en etapas anteriores.

Bibliografía

Adler, E. y Barnett, M. (1998). *Security Communities*. Cambridge, Cambridge University Press.

Aguirre, M. y Morales Bertrand, C. (2024). El incierto «día después» de la guerra en Gaza [en línea]. afkar/ideas. N.º 71, pp. 16-19. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.politicaexterior.com/wp-content/uploads/2024/04/5Aguirreesp.pdf

Alcaro, R. (2020). Ideology, Not Strategy, Explains the US Troop Withdrawal from Germany [en línea]. IAI Commentaries. 20(56). [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.iai.it/sites/default/files/iaicom2056.pdf

Arteaga, F. y Simón, L. (2023). La OTAN tras la Cumbre de Vilna [en línea]. ARI 74/2023. Real Instituto Elcano. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://media.realinstitutoelcano.org/wp-content/uploads/2023/07/ari74-arteaga-simon-la-otan-tras-la-cumbre-de-vilna-1.pdf

Axelrod, R., Daymude, J. J. y Forrest, S. (2021). Preventing extreme polarization of political attitudes [en línea]. Proceedings of the National Academy of Sciences. 118(50). [Consulta: 2024]. Disponible en: https://pnas.org/doi/full/10.1073/pnas.2102139118

Ayuso, A. (2021). La agenda exterior de Biden y sus implicaciones para la Unión Europea y América Latina [en línea]. Relaciones Internacionales. 30(60), pp. 265-274. [Consulta: 2026]. Disponible en: https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2314-27662021000100265

Benedicto Solsona, M. Á. (2018). Trump y su Estrategia de Seguridad Nacional una «contradictio in terminis» [en línea]. Boletín del Instituto Español de Estudios estratégicos. N.º 9, pp. 403-413. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6467945

Bernaerts, K., Blanckaert, B. y Caluwaerts, D. (2023). Institutional design and polarization. Do consensus democracies fare better in fighting polarization than majoritarian democracies? [en línea]. Democratization. 30(2), pp. 153-172. [Consulta: 2024]. Disponible en: https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/13510347.2022.2117300

Biden, J. R. (2021a). Remarks by President Biden on the Way Forward in Afghanistan [en línea]. The White House. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://bidenwhitehouse.archives.gov/briefing-room/speeches-remarks/2021/04/14/remarks-by-president-biden-on-the-way-forward-in-afghanistan/

—. (2021b). Remarks by US President Joe Biden and NATO Secretary General Jens Stoltenberg at their meeting in the Oval Office [en línea]. NATO. [Consulta: 2025]. Disponible en: http://www.nato.int/cps/en/natohq/opinions_184847.htm

—. (2023). Remarks by President Biden Ahead of the One-Year Anniversary of Russia's Brutal and Unprovoked Invasion of Ukraine [en línea]. The White House. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://bidenwhitehouse.archives.gov/briefing-room/speeches-remarks/2023/02/21/remarks-by-president-biden-ahead-of-the-one-year-anniversary-of-russias-brutal-and-unprovoked-invasion-of-ukraine/

Bloethe, D. W. (2021). The effects of political polarization on american foreign policy [trabajo fin de máster] [en línea]. Johns Hopkins University. [Consulta: 2024]. Disponible en: https://jscholarship.library.jhu.edu/server/api/core/bitstreams/2044a47f-ad0c-4cf9-93f1-389e502c9cea/content

Bogren, K. (2007). Fighting evil or evil fighting? : a constructive analysis of the Bush administrations "war on terror" [trabajo fin de grado] [en línea]. Lunds University. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://lup.lub.lu.se/student-papers/search/publication/1320955

Borg, S. (2024). "A Battle for the Soul of This Nation": How Domestic Polarization Affects US Foreign Policy in Post-Trump America [en línea]. International Journal: Canada's Journal of Global Policy Analysis. 79(1), pp. 22-39. [Consul-

ta: 2024]. Disponible en: https://journals.sagepub.com/doi/10.1177/00207020241232986

Borrell, J. (2020). Por qué es importante la autonomía estratégica europea [en línea]. Servicio Europeo de Acción Exterior. [Consula: 2025]. Disponible en: https://www.eeas.europa.eu/eeas/por-qu%C3%A9-es-importante-la-autonom%C3%A-Da-estrat%C3%A9gica-europea_es

Bouton, M. M. et al. (2010). Constrained Internationalism: Adapting to New Realities. Results of a 2010 National Survey of American Public Opinion. Global Views 2010 [en línea]. The Chicago Council on Global Affairs. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://globalaffairs.org/sites/default/files/2020-11/Global%20Views%202010.pdf

Carmines, E. G. y Fowler, M. (2017). The Temptation of Executive Authority: How Increased Polarization and the Decline in Legislative Capacity Have Contributed to the Expansion of Presidential Power [en línea]. Indiana Journal of Global Legal Studies. 24(2), pp. 369-397. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://muse.jhu.edu/article/678118

Chestnoy, S. y Gersinkova, D. (2017). USA Withdrawal from Paris Agreement – What Next? [en línea]. International Organisations Research Journal. 12(4), pp. 215-225. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://iorj.hse.ru/en/2017-12-4/212736131.html

Colomer Calsina, J. M. (2023). La polarización política en Estados Unidos. Barcelona, DEBATE.

Comisión Europea. (2025). EU countermeasures on US steel and aluminium tariffs explained [en línea]. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://ec.europa.eu/commission/presscorner/api/files/document/print/en/qanda_25_750/QANDA_25_750_EN.pdf

Consejo de la Unión Europea. (2022). A Strategic Compass for Security and Defence [en línea]. [Consulta: 2024]. Disponible en: https://www.consilium.europa.eu/en/press/press-releases/2022/03/21/a-strategic-compass-for-a-stronger-eu-security-and-defence-in-the-next-decade/

Contreras Peralta, J. (2023). La política exterior de Joe Biden: el poder inteligente en la competencia de las grandes potencias [en línea]. Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM. N.º 147, pp. 79-107. [Consulta: 2026]. Disponible en:

https://investigacion.politicas.unam.mx/rri/wp-content/uploads/articulos/147/rri147.pdf

Coppedge, M. et al. (2021). V-DEM Dataset v11.1 [en línea]. V-DEM Working Paper forthcoming. SSRN. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://ssrn.com/abstract=3831905

Cózar Murillo, B. (2022). PESCO as a Game-Changer for Differentiated Integration in CSDP after Brexit [en línea]. European Papers. 7(3), pp. 1303-1324. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.europeanpapers.eu/en/e-journal/pesco-game-changer-differentiated-integration-csdp-after-brexit

Cronberg, T. (2017). No EU, no Iran deal: the EU's choice between multilateralism and the transatlantic link [en línea]. The Nonproliferation Review. 24(3-4), pp. 243-259. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/10736700.2018.1432321

Daniels, L. von (2024). Economy and national security: US foreign economic policy under Trump and Biden [en línea]. SWP Research Paper. Stiftung Wissenschaft und Politik (SWP), German Institute for International and Security Affairs. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.swp-berlin.org/10.18449/2024RP11/

Demczuk, A. M. (2023). Biden's Soft Power vs. Coercive Diplomacy and Responding to Russia's Invasion of Ukraine [en línea]. Teka Komisji Politologii i Stosunków Międzynarodowych. 17(1), pp. 7-21. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://journals.umcs.pl/teka/article/view/13570

Deni, J. R. (2015). The Real Rebalancing: American Diplomacy and The Tragedy of President Obama's Foreign Policy [en línea]. US Army War College Press. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://press.armywarcollege.edu/monographs/440

Dombrowski, P. y Reich, S. (2017). Does Donald Trump have a grand strategy? [en línea]. International Affairs. 93(5), pp. 1013-1037. [Consulta: 2025]. Disponible en: http://academic.oup.com/ia/article/93/5/1013/4098313

Dowdall, J. (2011). Reflections on the Status and Future of the Transatlantic Alliance [en línea]. Security & Defence Agenda. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.files.ethz.ch/isn/130842/GATES_Report_final.pdf

EDA. (2022). European Defence Fund (EDF) [en línea]. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://eda.europa.eu/what-we-do/EU-defence-initiatives/european-defence-fund-(edf)

— (2024). Coordinated Annual Review on Defence (CARD) [en línea]. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://eda.europa.eu/what-we-do/EU-defence-initiatives/coordinated-annual-review-on-defence-(card)

EEAS. (2017a). Coordinated Annual Review on Defence [en línea]. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.eeas.europa.eu/sites/default/files/coordinated_annual_review_on_defence_card_factsheet.pdf

— (2017b). Remarks by High Representative/Vice-President Federica Mogherini following the Ministerial Meeting of the E3/EU + 3 and Iran [en línea]. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.eeas.europa.eu/node/32546

—. (2022). EU Military Assistance Mission in support of Ukraine [en línea]. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.eeas.europa.eu/eumam-ukraine_en?s=410260

Finnemore, M. y Sikkink, K. (1998). International Norm Dynamics and Political Change [en línea]. International Organization. 52(4), pp. 887-917. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.cambridge.org/core/product/identifier/S0020818398440608/type/journal_article

Friedrichs, G. M. y Tama, J. (2022). Polarization and US foreign policy: key debates and new findings [en línea]. International Politics. 59(5), pp. 767-785. [Consulta: 2024]. Disponible en: https://link.springer.com/10.1057/s41311-022-00381-0

García, D. (2012). La «Doctrina Obama», la teoría de la «Guerra Limitada» y la nueva política exterior de EEUU: ¿hacia una política neo-Nixoniana? [en línea]. UNISCI Discussion Papers. N.º 28, pp. 145-153. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.redalyc.org/pdf/767/76724473012.pdf

García, J. (2016). La Unión Europea y la OTAN en el marco de la nueva Estrategia Global de Seguridad de la Unión Europea [en línea]. Revista UNISCI. N.º 42, pp. 217-239. [Consulta: 2025]. Disponible en: http://revistas.ucm.es/index.php/RUNI/article/view/53794

Graham, L. (2017). Historic Moment For U.S.-NATO Relationship [en línea]. Lindsey Graham Press Releases. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.lgraham.senate.gov/public/index.cfm/2017/6/historic-moment-for-u-s-nato-relationship

Grevi, G., Helly, D. y Keohane, D. (2009). European security and defence policy: the first ten years (1999-2009) [en línea]. París, European Union Institute for Security Studies. [Consul-

ta: 2025]. Disponible en: https://www.iss.europa.eu/sites/default/files/EUISSFiles/ESDP_10-web.pdf

Guinea, M. (2018). La política exterior de Estados Unidos hacia Europa. Cambios y continuidades de Obama a Trump [en línea]. UNISCI Journal. 16(48), pp. 61-90. [Consulta: 2025]. Disponible en: http://www.unisci.es/la-politica-exterior-de-estados-unidos-hacia-europa-cambios-y-continuidades-de-obama-a-trump/

Hamilton, D. (2015). TTIP's Geostrategic Implications [en línea]. National Security Benefits of Trade Agreements with Asia and Europe. Washington D.C., Johns Hopkins University, School of Advanced International Studies. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://docs.house.gov/meetings/FA/FA18/20150317/103161/HHRG-114-FA18-Wstate-HamiltonD-20150317.pdf

Hillison, J. R. (2018). The Relevance of the European Union and the North Atlantic Treaty Organization for the United States in the 21st Century [en línea]. US Army War College Press. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://press.armywarcollege.edu/monographs/392

Hunter, R. E. (2002). The European Security and Defense Policy: NATO's Companion - or Competitor? [en línea]. Santa Monica, RAND Corporation. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.rand.org/pubs/monograph_reports/MR1463.html

Igwe, A. U. y Ugwuja, A. A. (2015). The United States and Global Agenda-Setting on Security- An Assessment of the Impact of the 'Bush Doctrine' on the International System 2002 – 2012 [en línea]. *International Journal of Research*, 02(05). [Consulta: 2025].

Iyengar, S., Sood, G. y Lelkes, Y. (2012). Affect, Not Ideology [en línea]. Public Opinion Quarterly. 76(3), pp. 405-431. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://academic.oup.com/poq/article-abstract/76/3/405/1894274?redirectedFrom=fulltext

Jacobson, G. C. (2011). The Republican Resurgence in 2010 [en línea]. Political Science Quarterly. The Academy of Political Science. 126(1), pp. 27-52. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.jstor.org/stable/23056913

Jervis, R. (1978). Cooperation Under the Security Dilemma [en línea]. World Politics. 30(2), pp. 167-214. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.jstor.org/stable/2009958

Kaminski, J. J. (2019). Rethinking Realism and Constructivism Through the Lenses of Themes and Ontological Primacy [en línea]. Croatian International Relations Review. 25(85), pp. 6-29. [Consulta: 2025]. Disponible https://www.researchgate.net/publication/337480816_Rethinking_Realism_and_Constructivism_Through_the_Lenses_of_Themes_and_Ontological_Primacy_-_Introduction-Integrative_Pluralism_and_21st_Century_International_Relations_Theorising

Katzenstein, P. J. (ed.). (1996). *The culture of national security: norms and identity in world politics*. Nueva York, Columbia Univ. Press.

Kirdin, Ş. E. (2017). A Neo-Realist Case Study of U.N.-Authorized Humanitarian Interventions in The Post Cold War World [en línea]. Gazi Üniversitesi İktisadi ve İdari Bilimler Fakültesi Dergisi. 2(19), pp. 615-632. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://dergipark.org.tr/en/download/article-file/459328

Lacatus, C. y Blanc, E. (2023). Diplomacy of Hope: Transatlantic Relations in the Transition from Trump to Biden [en línea]. Foreign Policy Analysis. 19(4). [Consulta: 2025]. Disponible en: https://academic.oup.com/fpa/article/19/4/orad026/7264757

Leyen, U. von der (2022). State of the Union Address by President von der Leyen [en línea]. European Commission. [Consultado: 2025]. Disponible en: https://ec.europa.eu/commission/presscorner/detail/en/SPEECH_22_5493

Lieberman, R. C. (2009). The Politics of United States Foreign policy under Barack Obama [en línea]. Revista de Ciencia Política. 29(3), pp. 829-845. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://scispace.com/pdf/the-politics-of-united-states-foreign-policy-under-barack-1f1sf0ff17.pdf

Löfflmann, G. (2022). 'Enemies of the people': Donald Trump and the security imaginary of America First [en línea]. The British Journal of Politics and International Relations. 24(3), pp. 543-560. [Consulta: 2025]. Disponible en: 'Enemies of the people': Donald Trump and the security imaginary of America First - Georg Löfflmann, 2022

Macron, E. (2023). Conferencia anual de los embajadores - Discurso del Presidente Emmanuel Macron. La France au Salvador [en línea]. République Fraçaise. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://sv.ambafrance.org/Conferencia-anual-de-los-embajadores-Discurso-del-Presidente-Emmanuel-Macron

Makeschin, S. (2015). Barack Obama, Europe and the Transatlantic Relationship: From the World's White Knight to the Spy that Came in from the Cold? A German Perspective [en línea]. COPAS-Current Objectives of Postgraduate American Studies. 16(1). [Consulta: 2025]. Disponible en: https://copas.uni-regensburg.de/index.php/copas/article/view/222

Market, D., Daalder, I. H. y Lindsay, J. M. (2003). America Unbound: The Bush Revolution in Foreign Policy [en línea]. Naval War College Review. 57(2). [Consulta: 2025]. Disponible en: https://digital-commons.usnwc.edu/nwc-review/vol57/iss2/12

Martí Sempere, C. (2024). Una revisión de la Colaboración Estructurada Permanente [en línea]. Real Instituto Elcano. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/una-revision-de-la-colaboracion-estructurada-permanente/

Martin, G. J. y Sinkkonen, V. (2021). Transatlantic relations and European strategic autonomy in the Biden era: neglect, primacy or reform? [en línea]. FIIA briefing paper. N.º 301. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://fiia.fi/wp-content/uploads/2021/02/bp301_us-and-european-strategic-autonomy_ville-sinkkonen-and-garret-martin.pdf

McCarthy, N. M., Rosenthal, H. y Poole, K. T. (2006). Polarized America: The Dance of Ideology and Unequal Riches [en línea]. Cambridge, MIT Press [Consulta: 2024]. Disponible en: https://www.researchgate.net/profile/Nolan-Mccarty/publication/23573640_Polarized_America_The_Dance_of_Ideology_and_Unequal_Riches/links/0deec5183c5fbdbeb6000000/Polarized-America-The-Dance-of-Ideology-and-Unequal-Riches.pdf

McCoy, J. et al. (2022). Reducing Pernicious Polarization: A Comparative Historical Analysis of Depolarization [en línea]. Carnegie Endowment for International Peace. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://carnegie-production-assets.s3.amazonaws.com/static/files/McCoy_et_al_-_Polarization_final_3.pdf

Merkel, A. D. (2017). Angela Merkel warns Europe can no longer rely on old allies, US and Britain [en línea]. ABC. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.abc.net.au/listen/programs/worldtoday/angela-merkel-warns-europe-can-no-longer-rely-on/8568690

Meto, S. (2019). Geo-political reasons behind the Transatlantic Trade and Investment Partnership (TTIP) from the viewpoint of the European Union [en línea]. Middle East Technical University. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.proquest.com/openview/1506cb755a749d33200ded3c57298d1d/1?cbl=2026366&diss=y&pq-origsite=gscholar

NATO. (2022). NATO 2022 Strategic Concept [en línea]. [Consulta: 2026]. Disponible en: https://www.nato.int/en/about-us/official-texts-and-resources/strategic-concepts/nato-2022-strategic-concept

Obama, B. (2009). Remarks by the President at Cairo University, 6-04-09 [en línea]. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/remarks-president-Cairo-university-6-04-09

—. (2014). Remarks by the President on Review of Signals Intelligence [en línea]. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2014/01/17/remarks-president-review-signals-intelligence

Pesu, M. y Sinkkonen, V. (2024). Trans-atlantic (mis)trust in perspective: asymmetry, abandonment and alliance cohesion [en línea]. Cambridge Review of International Affairs. 37(2), pp. 206-225. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/09557571.2023.2225650

Powell, C. T. (2015). La política exterior y de seguridad de Barack Obama: ¿hacia un nuevo paradigma geopolítico estadounidense? [en línea]. Cuadernos de Estrategia. N.º 177, pp. 181-212. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5255548

Romano, S. (2024). Estados Unidos de América: cambios y continuidades de su política exterior. Breve análisis histórico y reflexiones sobre los gobiernos de Trump y Biden [en línea]. En: Arenal, L. et al. (eds.). Relaciones internacionales y geopolítica en tiempos de policrisis. Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía. [Consulta: 2026]. Disponible en: https://dspace.unia.es/entities/publication/6b8d3c7a-866f-4b0b-a6f9-9d153dec3695

Rose, G. (1998). Neoclassical Realism and Theories of Foreign Policy [en línea]. World Politics. 51(1), pp. 144-172. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://muse.jhu.edu/article/36415

Rupérez, J. (2013). La política exterior de los Estados Unidos bajo Barack Obama: análisis y prospección [en línea]. Panorama Estratégico 2013. Ministerio de Defensa, IEEE, pp. 39-73. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4184251

Ryan, M. (2017). Bush the transnationalist: a reappraisal of the unilateralist impulse in US foreign policy, 2001–2009 [en línea]. International Politics. 54(5), pp. 561-582. [Consulta: 2025]. Disponible en: http://link.springer.com/10.1057/s41311-017-0054-8

Sazo Muñoz, D. (2009). Provocando el desequilibrio de poder: Crítica a la política exterior de George W. Bush desde la realpolitik [en línea]. Revista Enfoques, 7(10), pp. 293-311. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3020092

Schneider-Petsinger, M. (2019). US–EU Trade Relations in the Trump Era Which Way Forward? [en línea]. Chatham House. (US and the Americas Programme). [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.chathamhouse.org/sites/default/files/publications/research/2019-03-08US-EUTradeRelations2.pdf

Scholz, O. (2022). Policy statement by Olaf Scholz, Chancellor of the Federal Republic of Germany and Member of the German Bundestag, 27 February 2022 in Berlin, Website of the Federal Government [en línea]. Bundesregierung. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.bundesregierung.de/breg-en/news/policy-statement-by-olaf-scholz-chancellor-of-the-federal-republic-of-germany-and-member-of-the-german-bundestag-27-february-2022-in-berlin-2008378

Schuette, L. A. (2023). Shaping institutional overlap: NATO's responses to EU security and defence initiatives since 2014 [en línea]. The British Journal of Politics and International Relations. 25(3), pp. 423-443. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://journals.sagepub.com/doi/10.1177/13691481221079188?__cf_chl_f_tk=COP0Z_jK51yLXWTe3mYBOaXnSmX9ihZW.elLQxYd7_8-1782902960-1.0.1.1-NnRT7s1EXt.z_bVyaUrNpVzv030f7aVUWJVQYko3ZGA

Schweller, R. L. (2004). Unanswered Threats: A Neoclassical Realist Theory of Underbalancing [en línea]. International Security. 29(2), pp. 159-201. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://direct.mit.edu/isec/article/29/2/159-201/11809

SIPRI. (2024). SIPRI Military Expenditure Database [en línea]. [Consulta: 2026]. Disponible en: https://www.sipri.org/databases/milex

Smeltz, D. (2022). Are we drowning at the water's edge? Foreign policy polarization among the US Public [en línea]. International Politics. 59(5), pp. 786-801. [Consulta: 2024]. Disponible en: https://link.springer.com/10.1057/s41311-022-00376-x

Smeltz, D. et al. (2017). Results of the 2017 Chicago Council Survey of American public opinion and US foreign policy [en línea]. The Chicago Cuncil on Global Affairs. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://globalaffairs.org/research/public-opinion-survey/2020-chicago-council-survey

Smeltz, D. et al. (2023). A Cost of Conflict Americans Turn Inward. Results of the 2023 Chicago Council Survey of American Public Opinion and US Foreign Policy [en línea]. The Chicago Council on Global Affairs. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://globalaffairs.org/research/public-opinion-survey/2023-survey-public-opinion-us-foreign-policy

Soare, S. R. (2021). Biden's Security Policy: Democratic Security or Democratic Exceptionalism? [en línea]. Intereconomics. 56(1), pp. 14-20. [Consulta: 2025]. Disponible en: http://link.springer.com/10.1007/s10272-021-0945-1

Svantesson, D. J. B. y Kloza, D. (eds.). (2017). Trans-Atlantic Data Privacy Relations as a Challenge for Democracy [en línea]. Cambridge, Intersentia. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.cambridge.org/core/product/identifier/9781780685786/type/book

The White House. (2006). The National Security Strategy of the United States of America [en línea]. [Consulta: 2024]. Disponible en: https://history.defense.gov/Portals/70/Documents/nss/nss2006.pdf?ver=Hfo1-Y5B6CMl8yHpX4x-6IA%3d%3d

—. (2010). National Security Strategy [en línea]. [Consulta: 2024]. Disponible en: https://obamawhitehouse.archives.gov/sites/default/files/rss_viewer/national_security_strategy.pdf

—. (2017). National Security Strategy [en línea]. [Consulta: 2024]. Disponible en: https://trumpwhitehouse.archives.gov/wp-content/uploads/2017/12/NSS-Final-12-18-2017-0905.pdf

—. (2018). President Donald J. Trump Keeps His Promise To Open U.S. Embassy In Jerusalem, Israel [en línea]. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://trumpwhitehouse.archives.gov/briefings-statements/president-donald-j-trump-keeps-promise-open-u-s-embassy-jerusalem-israel

—. (2022). National Security Strategy 2022 [en línea]. [Consulta: 2024]. Disponible en: https://bidenwhitehouse.archives.gov/wp-content/uploads/2022/10/Biden-Harris-Administrations-National-Security-Strategy-10.2022.pdf

Thompson, K. y Thränert, O. (2017). Trump preparing to end Iran nuke deal [en línea]. Policy Perspectives. 5(4). [Consulta: 2025]. Disponible en: http://hdl.handle.net/20.500.11850/181637

Tovar Ruiz, J. (2020). La política europea de Trump y las relaciones transatlánticas [en línea]. Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades. 22(45), pp. 474-498. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.redalyc.org/journal/282/28268121021/html/

Tovar Ruiz, J. (2022). La paradoja de la política exterior de Joe Biden [en línea]. Revista CIDOB de Asuntos Internacionales N.º 132, pp. 195-220. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.cidob.org/es/articulos/revista_cidob_d_afers_internacionals/132/la_paradoja_de_la_politica_exterior_de_joe_biden

Trump, D. J. (2017). Remarks by President Trump at NATO Unveiling of the Article 5 and Berlin Wall Memorials – Brussels, Belgium [en línea]. The White House. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://trumpwhitehouse.archives.gov/briefings-statements/remarks-president-trump-nato-unveiling-article-5-berlin-wall-memorials-brussels-belgium/

UK Prime's Minister Office. (2018). Joint statement from Prime Minister May, Chancellor Merkel and President Macron following President Trump's statement on Iran [en línea]. GOV.UK. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.gov.uk/government/news/joint-statement-from-prime-minister-may-chancellor-merkel-and-president-macron-following-president-trumps-statement-on-iran

Unión Europea. (2007). Tratado de Lisboa por el que se modifica el Tratado de la Unión Europea y el Tratado Constitutivo de la Comunidad Europea [en línea]. Diario Oficial de la Unión Europea. 17 de diciembre,C306/1. [Consulta: 2025].

Disponible en: https://publications.europa.eu/resource/cellar/688a7a98-3110-4ffe-a6b3-8972d8445325.0008.01/DOC_19

—. (2017). Decisión (PESC) 2017/2315 del Consejo de 11 de diciembre de 2017 por la que se establece una cooperación estructurada permanente y se fija la lista de los Estados miembros participantes [en línea]. Diario Oficial de la Unión Europea. 14 de diciembre, L331/57. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://eur-lex.europa.eu/legal-content/ES/TXT/PDF/?uri=CELEX:32017D2315

United States Senate. (2014). U.S. Senate: Cloture Motions - 113th Congress [en línea]. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.senate.gov/legislative/cloture/113.htm

—. (2021). U.S. Senate: Cloture Motions - 116th Congress [en línea]. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.senate.gov/legislative/cloture/116.htm

—. (2023). U.S. Senate: Cloture Motions - 117th Congress [en línea]. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.senate.gov/legislative/cloture/117.htm

—. (2025a). U.S. Senate: About Filibusters and Cloture [en línea]. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.senate.gov/about/powers-procedures/filibusters-cloture.htm

—. (2025b). U.S. Senate: Cloture Motions - 118th Congress [en línea]. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.senate.gov/legislative/cloture/118.htm

—. (2025c). U.S. Senate: Glossary [en línea]. [Consulta: 2026]. Disponible en: https://www.senate.gov/about/research-tools/glossary.htm

Walt, S. M. (1985). Alliance Formation and the Balance of World Power [en línea] International Security. 9(4), pp. 3-43. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://www.jstor.org/stable/2538540?origin=crossref

Waltz, K. N. (2001). *El hombre, el Estado y la guerra. Un análisis teórico*. Colección de Estudios Internacionales CIDE. CIDE.

Wendt, A. (2005). La anarquía es lo que los estados hacen de ella: la construcción social de la política de poder [en línea]. Relaciones Internacionales. N.º 1, pp. 1-47. [Consulta: 2026]. Disponible en: https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3155857

Whitmore, S. J. y Deni, J. R. (2013). NATO Missile Defense and the European Phased Adaptive Approach: The Implications of Burden Sharing and the Underappreciated Role of The U.S. Army [en línea]. US Army War College Press. [Consulta: 2025]. Disponible en: https://press.armywarcollege.edu/monographs/516

Xuereb, M. (2021). The Response of the EU to Major Shifts in US Foreign Policy in the Last Decade [trabajo fin de máster] [en línea]. Universidad de Malta, Instituto de Estudios Europeos. [Consulta: 2024]. Disponible en: https://www.um.edu.mt/library/oar/bitstream/123456789/90387/1/21MAPEL029.pdf